La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 5 de septiembre de 1892 — Núm. 558

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Una escena del drama de Grillparzer «El sueño es una vida.»

Alto relieve de Rodolfo Meyr que figura en el monumento erigido en Viena en honor de Grillparzer

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el segundo tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

«¡Tiempos felices aquellos en los cuales no había dimes ni diretes, ni respetos á las ciencias históricas, á las filosóficas, á la verdad, ni siquiera exposiciones; es decir, que un pintor tenía ganas de pintar, como podría tenerlas de comer, y se daba un hartazgo de emborronar lienzo, como podría dárselo de judías ó de patatas, sin tener que quebrarse la mollera en averiguar si Cristóbal Colón (es el primer nombre que se me vino á la memoria) había sido un santo ó un granuja, y si vestía gabán ó trusa, si era rubio ó moreno y si gastaba bigote ó *luchana!* ¡Felices y muy felices aquellos tiempos! Las sabias Academias de Bellas Artes se encargaban de todo, hasta de hacer los modelos que debía copiar el estudiante. Todo el mundo pintaba y esculpía y pensaba – si había alguien que quisiera tomarse tal molestia – con arreglo á las pautas establecidas por tan benéficas é ilustres corporaciones. El paisajista ó el marinista no tenían para qué molestarse en ir al campo, exponiéndose á coger un tabardillo por el verano, ó un dolor de costado, cuando no una pulmonía, por el invierno, amén de liquidarse los sesos aprendiendo á dibujar árboles como si se tratara de hacer retratos, y á interpretar el color de la campiña ó del mar como si se tratara de una cabeza ó de un torso. Entonces en aquellos felicísimos tiempos todos pintábamos ó esculpíamos como nos daba la gana, y el público se tragaba este arte como si fuera pan bendito. Pero ahora el artista no puede vivir. Tiene que aprender á pintar ó á modelar teniendo constantemente á la vista el natural, no abandonándolo ni un solo instante; y terminado el aprendizaje tampoco ha de hacer de memoria ni una mano, porque inmediatamente le dicen: «eso y aquello y lo de más allá está hecho de memoria,» como si por estar hecho de memoria fueran á hundirse las esferas.

»Y además de esto, como si se creyera que el artista tiene la obligación de saber, más que el manejo de los palillos ó el de los pinceles, las petulancias de los críticos y de otras gentes que se las dan de muy leídas, volviéndoles el juicio á los aficionados y al público en general, nos trajeron la moda de la ciencia psicológica, de la sociología, de la indumentaria, del realismo, del naturalismo, del misticismo, del arcaísmo, del clasicismo, y eche usted *ismos*, volviéndonos agua los sesos á todos los que pintamos ó manejamos el barro. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme qué es lo que le importará á las gentes que compran cuadros ó estatuas eso del sentimiento místico que dicen ustedes que inspira la contemplación de la naturaleza, la exacta reproducción de un olmo ó de un acantilado y todas esas otras zarandajas psicológicas, étnicas, etc., etc., con que nos están aturdiendo los oídos cuantos tratan de estas cosas?»

Esto, poco más ó menos, era lo que decía ayer tarde un artista, después de haber leído lo que Zola manifestara á cierto corresponsal de un periódico parisiense á propósito del viaje que el autor de los *Rugon Macquart* hizo recientemente á Lourdes. Eso del misticismo artístico, sin frailes ni monjas y aun sin carácter religioso determinado, simplemente como vaga, como inconcreta aspiración á producir una suerte de emoción estética, perfectamente romántica, que reside, así en la forma humana, como en ciertos actos de la vida social, como en la muda y melancólica extensión del valle, como en la costa brava y rugiente, como en la umbrosa cañada; ese misticismo, repito, exento de cuanto se parezca á preocupaciones ó preceptismos teológicos de cualquier religión positiva, es lo que no entienden ni quieren entender muchas gentes.

Bien mirado, se comprende que muchas gentes no entiendan eso, por cuanto al mismo Zola le ha parecido hasta ahora que la ciencia con sus altruismos á propósito de la fraternidad universal, del atildamiento y exquisitismo del espíritu, fundados y razonados esos altruismos con y sobre sólidas bases, realizaría lo que no han realizado las religiones todas, esto es, elevar el nivel moral, llevando á la humanidad hacia aquel punto donde reside la perfección espiritual posible, compatible con las condiciones que informan nuestra naturaleza. Equivocación que parece reconocer ahora el célebre novelador francés, la cual ha tenido por causa querer realizar por medio del determinismo científico la obra de arte, desdeñando los agentes espirituales, que si obedecen en sus movimientos á leyes, éstas no son conocidas de la ciencia y aún tardarán en serlo, según todas las trazas.

Pero Zola, como cuantos siguen ó siguieron la escuela determinista, para pintar los grandes afectos, como los grandes fenómenos pasionales, es decir, para pintar el hombre psíquico, reconocían la existencia de ese sentimiento místico, grado altísimo del idealismo, en el artista; exquisitismo estético que produjo en otros siglos, aun dentro de los casuismos ortodoxos de las teologías, obras de valor incalculable; no así reconocen las gentes académicas en primer término, y en segundo la inmensa mayoría de los cultivadores de las Bellas Artes, ese sentimiento más que como resultante de un código, de unas leyes que tienen por oficio inculcarnos la idea más ó menos aproximada de un ser supremo, de una vida eterna, de un castigo eterno también, arrollando el sentimiento, si humano no por eso menos sublime, del amor á este planeta en que vivimos, dentro del cual nos producimos y en el cual residen los elementos todos para la vida de la materia y del espíritu.

Cuanto estampado queda de lo que al artista á quien las declaraciones de Zola le obligaron á descubrir su admiración por los tiempos en que regían el arte las pautas académicas, sin meterse en averiguaciones más ó menos hondas respecto de lo que fuese más allá de la línea ó del color, y aun así, según esas pautas ya mencionadas, significa tanto como desconocer el valor estético que á la misma plástica, á la traza, forma y color, imprime el conocimiento, estudio y sentimiento del hombre psíquico, como de la ingente naturaleza, como de todo cuanto en este orden palpita en el Cosmos. Que así como el griego concibió el hombre en todo su valor plástico – hablo solamente desde el punto de vista del arte, – así como el cristianismo hubo de columbrar dentro de un modo la grandeza de la verdad suprema, así hoy tocaba á nuestra generación definir y amar el arte en su parte plástica, y el concepto de lo bello con vista de esa otra belleza psíquica: el sentimiento de lo infinito, que se produce en el alma del artista, con la contemplación – y esto parece paradógico – de lo finito, del hombre, de la naturaleza.

Tras de esto va precisamente, entre varias, una de las escuelas que dividen (yo entiendo que tal división no existe en realidad) el arte. Me refiero á la impresionista.

Dura, y pongo un ejemplo, la impresión que por nuestra retina va directamente al alma á producir un sentimiento de melancolía cuando contemplamos el ocaso del sol en medio del campo ó á la orilla del Océano, rápidos instantes. Desaparecida la luz y sus efectos en las rocas, en los lejanos montes, en el espeso bosque, la emoción estética, como ese sentimiento melancólico, cambian con el cambio de tono y con la aparente metamorfosis de las líneas. A conservar esta impresión, á concretar ese algo misterioso, inexplicable que sentimos, ó que el artista de raza siente ante ese espectáculo, tiende la escuela impresionista, no limitándose á la naturaleza únicamente, sino que en el hombre mismo el impresionista aprecia y reproduce aquellos instantes de la vida en los cuales los afectos ó las pasiones ó los grandes hechos caracterizándole lo presentan ante el artista con un determinado valor estético, dentro de los campos plástico y psicológico.

Precisamente esta escuela es la que alcanza – por raro fenómeno – alta estima y preferencia entre la gente norteamericana. El impresionismo artístico, fórmula que solamente un refinamiento de educación puede apreciar y comprender; fórmula que se produjo en las naciones, cuyo abolengo artístico cuenta siglos y siglos, es en la gran república nacida ayer apreciado y con valor defendido. Para mí este es un síntoma que acusa una educación ficticia del gusto en aquel pueblo, si acepta solamente esa fórmula.

Verdad que obedece á la idiosincrasia de la raza, hoy modificada grandemente en la que reside en Europa.

La forma, principalmente la humana, no ha sido hasta hace poco del agrado del anglo-sajón. Recorramos uno á uno los museos y galerías existentes en el Reino Unido, y no veremos de paleta inglesa muchos desnudos. Hasta mediados de esta centuria, más bien, hasta los comienzos del último tercio no hubo Lythons, ni Alma-Tademas, ni Hercomer que dedicasen sus pinceles á la reproducción del desnudo. Este estudio obligó al inglés á conocer la importancia que en la obra pictórica y escultórica tiene el dibujo, siempre defectuosísimo si no se aprende directamente del modelo humano, y pudo asimismo apreciar cuán difícil es el desarrollo plástico de una idea, aun siendo ésta afectiva en grado superlativo, sin el dominio del medio de realización.

El pueblo norteamericano, al aceptar el impresionismo, lo hace únicamente á título de idealista, en el sentido que á esta denominación puede dársele desde el punto de vista de la emoción que produce un hecho aislado ó un motivo plástico donde el color relegue á término muy secundario la forma y el concepto; y por lo tanto, el verdadero y único valor del arte queda reducido á pasajero y deleznable, por faltarle precisamente dos de las condiciones primordiales, que son: forma, solidez de la plástica en general y concepto hondo y perenne.

Los franceses, según parece, pretenden hacerles salir de sus casillas á estos hijos de puritanos, remitiéndoles á Chicago gran número de pinturas y esculturas donde el desnudo tiene importancia capital.

A mi entender, creo que habrá de pasar mucho tiempo antes que el norteamericano se halle en actitud de comprender toda la importancia que para alcanzar aquel grado de cultura estética, necesaria para sentir las vibraciones todas que produce en nuestro espíritu la contemplación de una obra de arte, tiene el amor y el respeto que á la forma humana especialmente se le debe. Es un materialismo grosero rechazar el desnudo, como lo rechazaron en un tiempo ciertas sociedades y como todavía lo rechazan los compatriotas de Edisson.

Por cierto que nosotros, por un fenómeno de perfecta explicación, pero sin razón de ser, no mostramos mucho mayor afecto al cultivo de la forma, dejándonos llevar de la fluctuación en que respecto de arte nos ha metido hasta el cuello la escasa cultura de quienes están obligados á tenerla superior.

En la próxima Exposición no figurarán media docena de desnudos pintados.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 1.º de septiembre de 1892

BIBÍ

DETALLES ÍNTIMOS DE LA VIDA MADRILEÑA

– Diga usted á la señora marquesa que está aquí Bibiana, la comisionista en prendas, joyista, saldista, etc., etc.

– La señora está ocupada con el modisto: ahora saldrá; pase usted.

– Está bien: esperaré; pero hágame usted el favor de pasar aviso.

Bibiana entra en el *boudoir*, suelta un lío y pone la caja sobre un velador Luis XV, presentando su busto y figura achatados, de mujer de 35 años, típica en el corte, tosca en la facha, pero viva, locuaz y con ese barniz de cultura que se saca del roce con las damas del montón elegante.

Mirada Bibí de arriba abajo, descubre á través de su velo con castañuelas, peinado de aguas, el consabido moñete en la coronilla y un macizo de pelo enmarañado sobre la frente. Cubre sus prominencias pañolón gris flecoso de Manila y vestido de satén rameado; usa botitas de charol con cañas de color café con leche y mitones marrón. Sus mofletudos dedos parecen agarrotados por chispeantes y vetustas

sortijas; lleva imperdible de camafeo romano, larga cadena de oro del diámetro de un hilo y reloj nikelado. En las orejas dos brillantes, en comisión, de esos que dejan bizco.

Media horita ha pasado Bibí recordando las lindezas de aquel gabinete que hacía meses no pisaba. La condesa del Bambolloso sale de su tocador en bata de cascadas de encajes, ostentando en su estudiada sencillez perfil y abandono propios de una arrogante americana.

– ¿Eres tú, Bibí? ¡Hola, hola! ¡Cuánto tiempo sin verte!

– ¡Claro; me han pasado tantas cosas... y ahora con eso del trancazo!...

– ¿Te han pegado?...

– ¡Quiá! ¡Jesús! Estuve resfriada.

– ¿Qué traes?

– Poco, pero bueno.

– A ver, á ver,... aunque te advierto que andamos mal de dinero.

– La señora paga cuando quiere y puede. Ya lo sabe la señora.

– Abre el joyero.

Bibí destapa la caja, extiende sobre el velador un retal de peluche verde Nilo y va presentando los objetos de su mercancía.

– Esto es verdadera *nuvoté*.

– ¿Será de la marquesa?...

– Claro; de los regalos que recibió el día de San Juan que cada año van siendo menos, porque como su esposo no está ya en el poder... y luego ya nadie tira como antes. Sólo se ha quedado con una pulsera ideal y un broche de zafiros que disloca. Lo demás, vea la señora...

Y Bibí observa la movilidad del rostro de la condesa.

– Botón para la cabeza: seis brillantitos y una perla de las gordas...

– No me gusta.

– Pues es regalo del señorito Ramiro, el *espormen*, aquel que sigue á caballo el coche de la señora...

– Ya sé, ya sé.

– Dicen que ganó noches pasadas seis mil duros en tres golpes... Claro; sólo por ser de él debía adquirirlo la señora.

– ¿Cuánto pides?

– Trescientos cincuenta duros, que es de balde.

– Saca, saca otra cosa.

– Collar de perlas...

– ¡Parece que llueven perlitas! ¡Uf, me empalagan tanto como las que las llevan!... y luego si son falsas...

– Eso lo dirá el perito... Vea la señora, para el pecho. Palma de chispas de brillantes y en la punta un granate negro, especie rara.

– Esto hará bien, si lo das barato...

– Setenta duros. Es del duque del Pináculo. Ya sabe la señora, ese que le llaman el cupidón, gordo él, que se gasta cuanto tiene con las chicas y las grandes y que se ha empeñado en no ser viejo aunque va para los 70. Le timan las flores, claro. ¿A que ha obsequiado á la señora con alguna camelia?

– Tal vez.

– ¿Y este prendido?... No he visto nada de más *puss*. Un tridente de brillantes que se convierte en saetas y en una concha donde duerme una esmeralda. Parece imposible que se desprenda de esto la marquesa...

– ¡Es de gusto... original!

– Claro, deslumbrador.

– ¿Qué vale?

– Ya nos arreglaremos. Le aparto ¡Esta joya se ha hecho para una cabeza tan mona como la de la señora, para ese pelo de hebras de sol, para ese cuerpo que da tantas penitas!...

– ¿Qué más?

– Aquí, añade Bibí deshaciendo el lío, trajes, telas, trapitos de cristianar.

– Este vestido no es feo.

– Claro; como que es el que llevó al baile de la embajada de Austria la vizcondesita de Parraverde. Se comprende que se hizo esta *toilette* sin poder... no había de ir en cueros... y eso que fuera como fuera, haría *sucès;* porque lo que es como guapa, ¡hasta allí! Pero no tiene fortuna ella para vestirse... todo lo hace al fiado, y luego... claro, lo da por cualquier cosa aceptable; cien duros.

– ¿Y esto?

– Es una falda de encajes de Malinas, de un niño muerto.

– ¡Qué horror!

– La que le tuvo no ha de tener más, porque se ha separado de su esposo y se deshace de ella... Sirve para un matiné... claro.

– Blanco. No puede ser más claro.

– Estos son los vuelillos de un magistrado que se jubila porque dice que no le gusta que ande en lenguas la justicia. Este abanico clásico puede servir para una vitrina: la pintura representa una batalla entre chinos y turcos. La señora verá que todos gastan faldas. Del antiguo tengo mucho en casa: los lentes de la princesa de las Ursulinas, favorita de Carlos II; telas indias y pañuelos de Nipis, recuerdos de un cesante de Filipinas; un monetario magnífico, aunque no tiene nada de oro ni de plata; un cuadro que pintó el Griego después de muerto, digo, de volverse loco; la jícara en que tomó chocolate Espartero la noche del puente de Luchana, y la guitarra que tocaban Carlos IV y el príncipe de la Paz. ¡Claro; como ahora es moda vender hasta las uñas y la gente está por la economía, todo se vuelven saldistas, y el oficio de corredora de número está perdido!

– Y este estuche ¿qué es?

– Ah, sí, las insignias de Isabel la Católica, cruz y banda... todo fino, según me ha dicho la señora que acaba de entregármelo, una andaluza, una barbiana de buten, que se conoce que lo vende por encargo de un caballero amigo suyo... particular (recalcando)... claro, que estará arrancado.

– ¿Quién es ese caballero?

– No sé. Me dijo que es un alto funcionario de la pasada situación.

– ¿Eh?

– Sí, de los caídos... que parece tiene una mujer muy gastosa, muy apestante y muy... y que el hombre no puede aguantar más, ni á la mujer ni la cesantía... claro.

La condesa, como queriendo recordar la alhaja, se fija en el dorso de la placa.

– Aquí hay, dice, una dedicatoria medio borrada, pero que puede leerse; y abre de par en par sus ojazos.

«Tributo de respeto al Excmo. Sr. Director de establecimientos penales, Conde de...»

– De seguro le conoce la señora y á la andaluza también. ¡Claro!

– ¡Turbio, digo yo, turbio!; y levantando trágicamente la placa como para clavarse un puñal, añade: ¡Esta es la cruz del muy distinguido caballero Conde del Bambolloso, ex Director de establecimientos penales! ¿Le conoces, Bibí?

– No.

– ¡Mi marido!

(Sensación.)

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA



EL BEBEDOR, cuadro de A. Schroder

CERRAJERÍA ESPAÑOLA

De todas cuantas materias ofrece al hombre la naturaleza, es el hierro, quizás, la que le presta más importantes servicios y de la que obtiene los mayores medios de acción. Con su auxilio ha podido contar con recursos para su defensa, y ejecutar, ya esas obras que sorprenden por su grandeza, ó las que maravillan por su trascendental aplicación. De ahí el interés que en todos los tiempos ha despertado este utilísimo metal, cuya dureza y resistencia exige del hombre toda su energía muscular antes de prestarle sus beneficios. El artífice, el herrero, precisa hoy como ayer habilidad y destreza para la producción de esas admirables obras de cerrajería, puesto que un martillazo dado en falso puede inutilizar la labor inteligentemente comenzada.

Tan viva como justificada es la impresión que nos produce la vista del hierro candente golpeado sobre el yunque por grandes martillos manejados por hercúleos brazos, que evocan siempre en nosotros el recuerdo de los mitos de la antigüedad, de aquellos cíclopes cuyas obscuras siluetas debían destacarse de los vivos fulgores de la fragua, forjando el hierro destinado á los dioses.

Y preciso es convenir que la vista de esos admirables trabajos, obra de los maestros de los pasados siglos, nos sorprende agradablemente y ejerce en nosotros una impresión especial, que determina el deseo de conservar lo que representa el rudo combate incesante y continuo del hombre contra la rebelde materia. Lo mismo las gruesas barras, tan elegantemente curvadas que hacen olvidar su dureza y el esfuerzo que su forma representa, que los ligeros follajes en los que en vano se busca la huella que el martillo pudo dejar al modelar sus hojas, revelan desde luego el afán de domeñar la resistencia del metal, y ocultar, por la belleza de las líneas, la energía que el hombre ha debido desplegar para obtener un triunfo sobre la materia más dura de cuantas utiliza para sus creaciones. De ahí que de estas luchas en que cada primor se logra á costa de una violencia, en que cada finura de ejecución es el resultado del choque brutal del pesado martillo sobre la materia enrojecida, conserven todas las obras de cerrajería ciertos caracteres de grandeza que no llevan en sí las demás producciones de la humanidad. Energía, experiencia, fuerza y precisión ha necesitado el cerrajero de todos los tiempos para poder ejecutar sus obras, siendo por lo tanto justificada la respetuosa admiración que este arte especial ha despertado desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, á pesar de los mayores medios de acción de que disponen los modernos artífices.

Hay que observar que la cerrajería no ha sido un arte estacionario, puesto que los cerrajeros se han amoldado siempre á las corrientes de su época. Basta para ello examinar los variados ejemplares que constituyen las colecciones existentes, ya en nuestra patria, ya en el extranjero, para observar desde luego la sucesión de estilos, la diversidad de conceptos artísticos, al igual de lo que acontece en el mobiliario y la arquitectura. Consérvase la disposición esencial de cada obra, puesto que la forma general tiende á perpetuarse; pero la decoración varía de tal manera, que puede afirmarse lleva en sí el sello característico de la época en que se produjo. Y tal es así, que si comparamos una llave romana con otra gala, merovingia, romano-bizantina ó gótica con otras del Renacimiento ó modernas, podremos determinar, no sólo las etapas por que ha debido pasar la cerrajería, sino también las transformaciones motivadas por la civilización. Mayor caudal de observaciones ofrecen los llamadores, ya que sus aldabones en forma de leones heráldicos, quimeras y dragones, alternando con las imágenes de santos, revelan las dos preocupaciones dominantes en los tiempos medios. A estos emblemas siguen los sátiros, los entrelazos, los ingeniosos monogramas ó bien las sirenas de delicadas formas, acentuándose de tal manera en el siglo XVI esta clase de representaciones, que puede decirse que el Olimpo pagano desterró al Paraíso cristiano.

Además de la belleza de la forma, preciso es tener en cuenta el ingenio que revelan el uso y aplicación de algunas obras, y que esta industria responde asimismo á una de las más íntimas é imperiosas necesidades que el hombre experimenta, cual es la de su personal seguridad, puesto que basta un sencillo cerrojo para asegurar la puerta de su hogar.

En España revistió la cerrajería grandísima importancia en el transcurso de varios siglos, ejecutándose obras, á juzgar por las que han llegado hasta nosotros, que sorprenden y admiran, dándose al hierro, ya forjado, limado, esculpido, repujado ó grabado, múltiples y variadas apreciaciones, especialmente en el período ojival, atestiguando las rejas, puertas y verjas de nuestras catedrales y señoriales mansiones, así como los herrajes que decoran algunos muebles, el gran desarrollo que alcanzó este arte durante los siglos XIII, XIV y XV.

La simplicidad de algunas obras de carpintería, cual las puertas que se construían de tableros lisos, exigía la aplicación de ciertas labores de hierro en forma de bisagras, aldabones y chatones, ya que hasta mucho tiempo después no las embellecieron los carpinteros con moldurajes y embutidos. De ahí que sean más importantes los progresos realizados por la cerrajería en la Edad media que los adelantos de las demás industrias, y que especialmente en la parte que se refiere á Cataluña, revistan mayor interés los diseños conservados en los libros de Pasantía del gremio de cerrajeros barceloneses, que aquellos que pudieran servir para atestiguar la pericia y maestría de los artífices de las demás agrupaciones.

Los herrajes de las centurias á que nos referimos al igual de las producciones de las demás industrias, afectan el mismo gusto que informa las obras arquitectónicas, sirviendo de motivos de decoración los pináculos, cresterías, macollas, tracerías, etc., ejecutadas con habilidad y obteniendo siempre todo el partido posible de las condiciones especiales de la materia empleada. Las verjas destinadas á servir de cerramiento en las capillas y coros de las catedrales son muestra de cuanto apuntamos, puesto que figuran en ellas como elementos decorativos los pináculos, tríboles, ojivas, etc., propios y exclusivos de aquella época. Las cerraduras están embellecidas con artísticas labores y primorosas tracerías, y las puertas hállanse cubiertas de planchas de hierro con delicados adornos, repujados ó grabados, y sujetas aquéllas por grandes clavos ó chatones, ostentando otras herrajes sobrepuestos forjados, limados ó cincelados. Las bisagras, aldabas y cerraduras contribuían al embellecimiento, ya que muchas de ellas pueden considerarse como verdaderas obras de arte.

Las rejas, verjas, chatones, llamadores, candelabros, llaves, cerraduras y luminarias demuestran hasta dónde llegaron los maestros rejeros de Toledo, Salamanca, Alcalá de Henares, Barcelona, Sevilla, Gerona, Granada, Tarragona, Segovia, etc., ya que en sus obras dejaron impresa la prueba de su buen gusto en el diseño y maestría en la ejecución. Las rejas de la capilla de la catedral de Granada y la del coro de la de Sevilla, obras del maestro Bartolomé; la de la de Toledo, ejecutada por Francisco Villalpando; la de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, de Cristóbal de Andino; la reja de la Colegiata de Alcalá de Henares, del maestro Francés, y tantas otras obras notabilísimas justifican la nombradía que desde el siglo XIII al XVI gozaron los maestros herreros españoles y el lisonjero estado de esta industria; cabiendo á Cataluña la gloria de que dos de sus más hábiles artífices, Blay y Suñol, fabricaran á instancia de la ciudad de París las admirables verjas de la iglesia de Notre Dame.

No menos importancia reviste la fabricación de armas y el repujado, cincelado y grabado, ya siguiendo el estilo oriental, ya ajustándose á las tradiciones patrias ó que imitando las obras de los célebres artífices milaneses y venecianos, patentizan la pericia y habilidad tradicional de los espaderos toledanos, la de los *ferrers de tall* barceloneses, la importancia de los talleres de Almería, Murcia y Sevilla y la pujanza de los gremios de *coraceros* y *espaderos*, que ya en 1257 y 1320 tenían su representación en los Consejos de nuestra ciudad.

Tuvo también gran aplicación la cerrajería entre los árabes en los tiempos medios, quienes produjeron obras verdaderamente notables, á juzgar por las escasísimas piezas que han llegado hasta nosotros. Al igual de los cristianos, decoraron las hojas de las puertas con bisagras y chatones delicadamente forjados ó cincelados y cuajados de leyendas alcoránicas, pudiendo citarse como modelo de cerrajería hispano-árabe, á pesar de su estilo ó carácter señaladamente mudéjar, el cerrojo de una de las puertas de la casa llamada de Pilatos en Sevilla, el aldabón de la puerta del Perdón de la catedral de Córdoba (1) y la magnífica lámpara de la Alhambra, conservada en el Museo Arqueológico Nacional. Estas obras bastan para formar exacto juicio del gran adelanto y perfección que alcanzó esta industria entre los árabes españoles.

No menos interés ofrecen las llaves, en cuyas guardas hallaban medio los cerrajeros moriscos para formar inscripciones en caracteres nesjis, siendo ejemplo de ello la que se conserva en el tesoro de la catedral de Sevilla, que se supone fué entregada á D. Fernando III el Santo por el príncipe almohade Axataf, y las de Segovia, que figuran en el Museo Arqueológico de aquella ciudad.

Antes de iniciarse el glorioso período del Renacimiento traducíanse las obras de cerrajería en forma de bisagras, rejas, verjas, cerrojos, candelabros, cerraduras, llaves, enseñas, etc., demostrándose en ellas el empeño del artífice para convertir por medio del fuego en dúctil y maleable el metal que por su dureza igualaba á su energía. Hasta esta época abrazan los anales de la cerrajería de arte, ó sea aquella que produjo sin el concurso de otras industrias.

A partir del siglo XVI, el cincelado y el repujado contribuyen al embellecimiento de las piezas de cerrajería, menguando la importancia de los forjadores á medida que aumenta la belleza de los adornos. El herrero desaparece ante el cincelador, el obrero ante el artista, y la cerrajería propiamente dicha queda relegada por la que pudiéramos llamar orfebrería de hierro, ya que de tal puede calificarse el arte que tiene por objeto esculpir el metal. Los artistas parece que se complacen en someter á sus ingeniosos caprichos la rebelde materia, ejecutando obras de extraordinario mérito, convirtiendo en joyas, en obras de arte, las que antes eran sólo producto de una industria. Abandonáronse por completo las ojivas, tracerías y macollas para adoptar formas sacadas de los elementos arquitectónicos de la época, exornándose las obras con admirables bajos relieves, repujados primorosamente y ejecutados con tal delicadeza, que parece como si el metal adquiriera entre las manos de aquellos artífices excepcional ductilidad. Las figuras, hojas, grupos de frutas, medallones, remates de forma piramidal, terminados por elegantes pináculos de gusto diverso al empleado en la época enterior, son los principales elementos utilizados por la cerrajería que se observan en las grandes verjas que sirven de cierre á algunas capillas de nuestras catedrales.

Cuanto á las bisagras, chatones, llamadores, cerraduras, etc., convirtiéronse en otros tantos objetos que contribuían á decorar las puertas y muebles, combinados casi siempre con el oro y la plata, cuyas aplicaciones á los muebles, en forma de placas, transfórmalas en obra de arte, en cuadros esculpidos por sus preciosos bajos relieves. Los principales motivos de decoración de estas piezas consistían en grupos de sátiros ú otras caprichosas



SIN LABOR, cuadro de D. Francisco Maura

(1) En el Museo municipal de Reproducciones artísticas de Barcelona existe una copia exacta.



UNA JUERGA EN SEVILLA, cuadro de D. José García Ramos

figuras, ya fantásticas en su totalidad, ó compuestas de la forma humana, de cuya parte inferior arrancaban caprichosos follajes.

Entre las innumerables obras de este género que pudiéramos citar, haremos mención especial de algunas cerraduras del monasterio de San Lorenzo del Escorial, cuya sobriedad de adornos y severidad de líneas están en completa armonía con el carácter del monumento: los chatones que decoran la puerta principal de la Universidad de Salamanca, primorosamente repujados y grabados; la verja de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, exornada con dorados, y la reja de la casa llamada de Pilatos en Sevilla, en cuyo remate se hallan combinados ingeniosamente los elementos de ornamentación distintivos en las obras de hierro repujado.

Los muebles de hierro, ya en forma de camas, arquillas, cofrecillos, etc., tuviéronse en gran estima durante el Renacimiento, adoptándose la estructura antigua y embelleciéndolos con los elementos y estilo de la época. La notabilísima arquilla que se supone perteneció al emperador Carlos I y que se conserva en la Armería Real de Madrid, es un claro testimonio del adelanto y perfección que alcanzó la cerrajería. Aparte de la importancia que reviste como obra de indiscutible mérito, hállase avalorada por el recuerdo histórico que encierra. Afecta la forma rectangular dividida en recuadros por medio de una estrecha faja, ostentando profusión de grabados. Cada uno de los recuadros conviértese en un cajón en cuyo centro figura una roseta ricamente calada y dorada.

Hubo un período en que los artistas intentaron reemplazar el hierro por el acero; pero la dureza de este último metal fué causa para que pronto desistieran de su empeño, prefiriendo esculpir y cincelar aquel que menos resistencia oponía y que más se prestaba á los primores de ejecución. Esto no obstante, Benvenuto Cellini tuvo también en nuestra patria inteligentes imitadores que dejaron indiscutibles muestras de su valía y habilidad en las piezas que como los medallones, rodelas, guarniciones de espada, etc., se conservan en nuestros museos ó bien forman parte de interesantes colecciones.

En los siglos XVII y XVIII perdió esta industria el sello artístico que la caracterizaba, no siendo suficientes pruebas para ocultar su decadencia las obras que nos ofrecen los maestros cerrajeros, ya que en ellas se observa la degeneración del buen gusto. Entre los trabajos notables que se conservan en nuestra patria, citaremos las verjas de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario de la catedral de Toledo, construída en 1607 por Bartolomé Rodríguez, la cruz de hierro que en 1692 ejecutó Sebastián Conde en Sevilla, la llave de la Sala del Patronazgo del Archivo de Simancas y la verja de las Salesas Reales de Madrid, construída á mediados de la pasada centuria.

El barroquismo, con todos sus desvaríos, perturbó á los artífices é industriales, ahogando los impulsos del genio y las tradiciones artísticas peninsulares. La cerrajería perdió por completo su carácter, y de ella sólo quedó en España el fehaciente testimonio de su antiguo y glorioso abolengo.

En el último tercio de la pasada centuria, Inglaterra planteó una nueva aplicación á los trabajos de cerrajería, construyendo preciosos aderezos de hierro cincelado y repujado, que constituían un bellísimo adorno para las damas. Pronto extendióse la innovación y Bélgica primero y Francia después imitaron el ejemplo de los industriales ingleses. En España construyéronse asimismo piezas admirables, y si bien fué breve el reinado de esta moda, consérvanse en las colecciones y museos notables ejemplares que parece llevan marcada la vigorosa genialidad de las creaciones del Renacimiento, unida á la trivialidad que distingue á todas las manifestaciones del siglo XVIII.

Aparte de las grandísimas aplicaciones que se da al hierro en nuestros tiempos, nos es grato consignar que la cerrajería hállase en un nuevo período de renacimiento, más importante si cabe que aquellos en que tanta gloria alcanzó para el arte patrio. Los mayores elementos de que disponen los artífices y la educación artística de nuestros obreros contribuyen á los lisonjeros resultados que diariamente pueden observarse. Su aplicación en los muebles suntuarios, como complemento de decoración á usanza de los tiempos medios, las preciosas lámparas, los artísticos ramos de hojas y flores y la ingeniosa y hábil combinación en los techos, con las maderas y el mármol, como se ejecuta en el palacio que para residencia de los monarcas construye el Ayuntamiento de Barcelona, demuestran el progreso realizado y el



SAN JUAN BAUTISTA, estatua de D. Antonio Parera

floreciente estado que ha logrado alcanzar en Barcelona la cerrajería.

Aplauso merecen cuantos han contribuído á sacar del olvido las gloriosas tradiciones industriales de nuestra patria, dando á la cerrajería la importancia y el carácter artístico que le corresponde.

A. García Llansó

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

—Vamos, Perico, no seas majadero; ¿hacemos negocio?, decía un tal Juan Brown, abotonándose el gabán sobre su vientre voluminoso. ¿Te parece poco, añadió poniéndose los guantes, lo que te ofrezco por esta casucha y el corral de junto?

—Repito que no la vendo, ni por eso ni por tres veces más, contestó Perico, personaje acartonado, de pelo gris y mangas raídas. Busca tu avío por otra parte, que yo tengo resuelto construir en este sitio, para el verano que viene, una casa magnífica y de producto.

—¡Bah!, le contestó Mr. Brown, y abrió al mismo tiempo la puerta de la cocina: tú siempre haciendo castillos en el aire. Al fin y al cabo, esa clase de obras cuesta menos que las que yo hago. Mira, Perico, déjate de niñerías: véndeme la casa en lo que te ofrezco, seguro de que nadie en ningún tiempo llegará á más. ¿En qué quedamos?

—En lo dicho, Juan; no doy la casa por todo el dinero del mundo, y en cuanto á los castillos en el aire, si es pulla, al tiempo me remito, y entonces veremos si es ó no una casa de cal y canto como la que tú quieres levantar.

—Pero, criatura, ¿y el dinero?, exclamó mister Brown, incómodo, ¿de dónde diablos vas á sacar el dinero para la obra?

Juan Brown y Pedro Goldthwaite se habían dado á conocer en el comercio, veinte ó treinta años antes, bajo la razón social de *Goldthwaite y Brown;* pero la sociedad se disolvió á poco de haberse formado, á causa de la heterogeneidad de las partes constituyentes. Desde que tuvo lugar este acontecimiento, y como quiera que Juan poseyese en alto grado las mismísimas cualidades de otros mil Juanes y pusiera en práctica las mismas teorías de laboriosidad, etc., etc., que ellos practicaban, había prosperado tan maravillosamente, que ya en la época de que hablo era, sin disputa, uno de los Juanes más acaudalados del universo.

Perico, por el contrario, después de haber acometido muchísimas empresas que, según él, debían hacer afluir á su caja toda la plata y oro y billetes de Banco de veinte leguas á la redonda, estaba tan pobre, que se había visto en la necesidad de remendarse los codos de la levita. Pocas palabras bastarán para señalar la diferencia, ó mejor dicho, el contraste que existía entre él y su antiguo socio: Brown no contaba nunca con la suerte, por más que la suerte le persiguiese, y Perico hacía de ella la condición primera de todos sus proyectos, aunque la pícara suerte, ¡al fin hembra!, siempre le volvía las espaldas. Mientras á Perico le duró el dinero fueron soberbias sus especulaciones; pero en los últimos años ya se habían limitado á negocios de corta entidad, tales como comprar... billetes de lotería. Una vez se fué á California á buscar oro, y tuvo el talento de vaciar los bolsillos donde otros se los llenaban hasta la boca de pepitas del precioso metal. Luego se gastó dos mil duros en comprar cierto papel mejicano que, según decía, le daba derecho de propiedad sobre una provincia entera, que, sin embargo, estaba situada, á lo que parece, en un sitio donde hubiera podido comprar todo un imperio por el mismo dinero, es decir, en los cuernos de la luna. Perico volvió de su viaje tan flaco y tan derrotado que, cuando pasó las fronteras de Nueva Inglaterra, hasta los espantapájaros que había en los sembrados le hacían señas, tomándolo por compañero.

En los días que tuvo lugar la escena referida entre Mr. Brown y Perico, todas las rentas conocidas de éste no hubieran sido suficientes para pagar la contribución del casucho que su interlocutor quería comprarle por más dinero del que valía. Era el tal casucho uno de esos vetustos edificios, donde todo se vuelve polilla, polvo y ruinas. Sin embargo, el cuco de Perico tenía sus razones para no desprenderse de la vejísima habitación de sus padres, por más que le hiciese gran falta el dinero para comer, y por más que, merced al sitio en que se hallaba situada, se la hubiesen pagado perfectamente.

No parece sino que su destino lo condenaba á vivir adherido, digámoslo así, á las paredes que lo vieron nacer; porque había estado muchas veces á dos dedos de arruinarse, lo estaba por entonces, y le era imposible decidirse á venderla. Vivía, pues, en compañía de su mala fortuna, esperando que mejorasen los tiempos.

En la cocina, única habitación en que un poco de fuego templaba el frío de una tarde de noviembre, fué donde el pobre Perico recibió la visita de su opulento ex socio. Así que se hubo marchado mister Brown, lanzó una lastimosa mirada á su vestido que, en parte, se remontaba á la época de *Goldthwaite y Brown.*

La levita estaba sin pelo, y lustrosa como si fuese

de hule; ítem más, remendada por los codos con paño casi nuevo; el sobretodo era gris, pero se le veía la trama, y tenía botones de diferentes clases; el pantalón también era gris, y había tomado en algunos sitios un colorcillo algo más obscuro, que llamaré chamuscado, porque Perico tenía la mala costumbre de acercar tanto las piernas al fuego, que se las ponía hechas *beefsteak.*

La entidad física de Perico era correspondiente á su equipaje. Con su pelo gris, sus ojos metidos en el cogote, su rostro macilento y su cuerpo amojamado, era el vivo retrato de un hombre que se ha mantenido de ilusiones, pero que ya ni puede vivir con esas drogas, ni tampoco digerir alimentos de más substancia. A pesar de esto, si Perico, por más insensato y testarudo que fuese á la sazón, hubiera dedicado cuando joven las fuerzas de su espíritu al estudio de la poesía, en vez de emplearlas en operaciones comerciales, puede muy bien asegurarse que habría hecho un papel lucido en la sociedad. Después de todo, no era malo: inofensivo como un niño, y destinado por la naturaleza á ser lo que se llama un caballero, era tan honrado y respetable como se puede ser con mala comida y circunstancias agravantes.

Mientras que nuestro pobre hombre, de pie delante del hogar, paseaba la vista por todos los rincones de su desolada cocina, empezaron á encandilársele los ojos, efecto, sin duda, de una especie de alucinación que sentía de tiempo atrás. Levantó la mano, descargó una terrible puñada sobre la ennegrecida tapa de la chimenea, y exclamó:

–¡Llegó la hora! ¡Con un tesoro semejante á mi disposición, buena locura sería pasar más tiempo en la pobreza! Mañana temprano empiezo por el sotabanco y no paro hasta que tire al suelo toda la casa.

Arrimada á una pilastra de la chimenea, como figurón esculpido en la piedra, y medio escondida en la sombra, se veía á una viejecita, ocupada en remendar las calcetas, á favor de las cuales se libraba Perico de sabañones. Era caso desesperado el remiendo, como lo prueba el hecho de haber recurrido á su añejo corpiño de franela para sacar dos plantillas y ponérselas. Tabitha Porter era una vieja muy chiquita, doncella, al parecer, y con sesenta y pico de años por añadidura.

Las once décimas partes de este tiempo las había pasado en aquel mismo sitio, porque, si no estoy trascordado, hacía cincuenta y cinco que el abuelo de Perico la sacó del hospicio: Perico era el único amigo de Tabitha, y Tabitha la única amiga de Perico; y así, mientras tuviese éste un pedazo de pan, la mitad sería para Tabitha, y el día en que por desgracia Perico se encontrase en la calle, Tabitha lo tomaría de la mano y lo llevaría á la casa donde ella nació, esto es, al hospicio; pero entretanto, Tabitha era capaz de quedarse en camisa por Perico. Y ¡cosa singular!, aunque participase de la monomanía de Perico, se había acostumbrado tanto á sus disparates y locuras que ya no se lo parecían. Por eso al oir á Perico aquello de tirar la casa al suelo, levantó tranquilamente los ojos y se contentó con decirle:

–Deje usted la cocina para lo último.

–Cuanto antes caiga todo rodando será mejor, contestó, porque francamente me desespero de vivir en esta casa tan fría, tan lúgubre y tan ahumada. Esto es un dormitorio de gallinas, Tabby. ¡Figúrate cuando estemos en la casa nueva, que será para el año que viene! La voy á hacer de ladrillo de abajo arriba, todo muy cómodo y muy desahogado. Ya verás: para ti un cuarto que dé al Mediodía, con los muebles á tu gusto; te doy carta blanca...

–Cuanto más se parezca á esta cocina, le interrumpió Tabitha, más me gustará. ¡Me recrea tanto ver la chimenea negra de humo!... ¿Y cuánto dinero va usted á gastar en la obra?

–¿Quién piensa en eso ahora?, exclamó Perico con altivez; ¿por ventura mi bisabuelo no dejó un tesoro bastante para construir dos docenas de casas iguales á ésta?

–Yo no digo que no, replicó Tabby, ensartando la aguja.

Tabitha ó Tabby sabía perfectamente que Pedro aludía con aquellas palabras á un inmenso tesoro de piedras preciosas que, según voz pública, estaba escondido en el sótano, ó en las paredes, ó debajo del tejado, ó... en alguna otra parte de la casa; pero en cuanto á que el tesoro existía no quedaba duda.

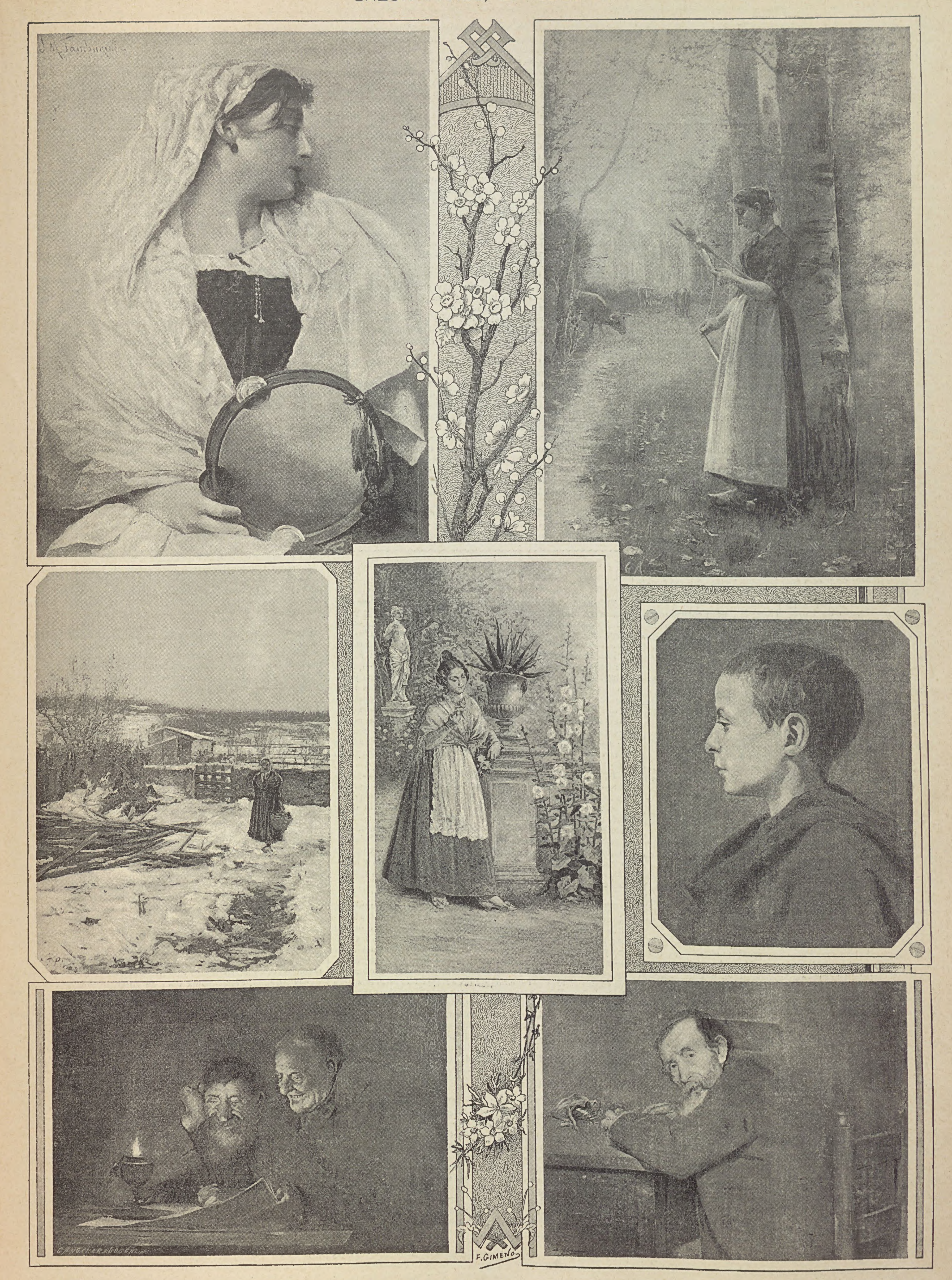
Según la tradición, el tal tesoro lo había formado un Pedro Goldthwaite, antepasado del de nuestra historia, cuyo carácter parece que ofrecía mucha semejanza con el de su descendiente. Como él, fué gran calculador, y se devanó los sesos por descubrir el modo de ganar el dinero á carretadas, en vez de ganarlo un duro tras otro; y, á semejanza de Perico II, naufragó casi siempre, pudiendo asegurarse que, á no ser por el pingüe resultado de la última empresa que acometió, se hubiera visto sin camisa que ponerse.

Muchos y muy diversos comentarios se hacían acerca de la naturaleza de tan feliz especulación; decían unos que Perico I había conseguido hacer oro por medio de la alquimia; otros, que había puesto á contribución la magia negra para sacar el dinero de los bolsillos de sus conciudadanos; y otros, en fin, ¡cosa más inexplicable todavía!, que el diablo le franqueó las cajas de la antigua tesorería provincial de Nueva Inglaterra. Se afirmaba, sin embargo, que un obstáculo secreto le había impedido el usufructo de sus riquezas, y lo que es

HAYDÉ, cuadro de Victorio Corcos



JUSTICIA MARROQUÍ, cuadro de D. Antonio Fabrés



UNA NUEVA MIGNÓN, cuadro de D. José M.ª Tamburini. – PASTORA, cuadro de D. José M.ª Marqués. – INVIERNO, cuadro de D. Juan Pinós. – VALENCIANA, cuadro de D. Eugenio Jimeno
CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de D. Nicolás Raurich. – PASATIEMPOS CONVENTUALES. – EL AVARO, cuadros de D. Luis Graner

peor, el revelarlas á sus herederos. Pero de lo que no quedaba ningún género de duda, es de que murió sin decir el sitio donde las tenía ocultas.

Traducido por D. Juderías Bénder

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En unas excavaciones practicadas en Roma para ensanchar el puente del Angel se han descubierto una antigua calle romana perfectamente conservada y algunos preciosos mosaicos.

– En Alemania se ha verificado con éxito la operación de trasladar á otro nuevo espacio los frescos de un edificio que había de ser derribado. El director de la Academia Roberto de Languer, el maestro de Riedel, pintó con ayuda de éste en un edificio de Munich una colección de frescos que representan en un gran ciclo el Parnaso, las hazañas de los héroes y los grandes maestros de la literatura. Esas pinturas murales son muy notables, y esto explica por qué los aficionados á las bellas artes se preocupaban de su conservación. El artista muniquense A. Keim, que había oído hablar de lo que Bardini había hecho en Roma con los frescos de la casa Bartoldi, intentó ejecutar una operación análoga, y al efecto pegó sobre las paredes lienzos, y elevada la temperatura en el interior del local, fueron luego arrancados, quedando adheridas á ellos las pinturas. Hecha esta operación, lleváronse los lienzos al edificio de la Escuela de Comercio de la citada ciudad y se aplicaron sobre unos espacios de hierro previamente cubiertos de cemento: humedecidas luego por el vapor fueron arrancadas las telas con tan feliz éxito que sólo en muy contados puntos hubo de procederse á pequeñas restauraciones.

– En la galería de cuadros de los Reales Museos de Berlín hay expuesta una serie de nuevas é importantes adquisiciones. Además del cuadro de Crivelli adquirido en Londres, del cual hablamos en otra anterior *Miscelánea*, pueden admirarse *La noche santa*, de Alberto Altdorfer; una *Virgen con el Niño Jesús y seis ángeles*, de Lucas van Leyden; una *Predicación de San Juan Bautista*, boceto de Rembrandt; *Vida apacible*, de Abraham van Beijeren, y una *Joven encajera holandesa*, de Pedro van den Boos.

– En una de las salas de la Casa de la Ciudad de Berlín está pintando actualmente A. de Heyden un friso, compuesto de 20 cuadros representando la historia de los usos y costumbres de aquella capital desde la Edad media hasta nuestros días: de los cuatro lienzos de pared, tres ostentan ya las pinturas á ellos destinadas, que llegan hasta la época del barroquismo; el otro está consagrado al presente siglo.

– Un propietario de Dorog (Hungría), gran coleccionador de antigüedades, ha encontrado en unas excavaciones una hermosa colección de armas, sarcófagos y otros objetos, y á cierta profundidad y en una cueva un cofre que contenía monedas de oro y plata del tiempo de los reyes de la casa de Anjou, vasos, joyas y multitud de labores de orfebrería antigua.

– En la Exposición internacional de Bellas Artes de Munich han obtenido primeras medallas los pintores Bache, de Copenhague; Claus, de Astene (Bélgica); Gebhardt, de Dusseldorf; Gysis y Kowalski-Wierusz, de Munich; Liljefors, de Upsala; Moroi y Rochegrosse, de París; Pochwalski y Schindler (recientemente fallecido), de Viena; Segantini, de Milán; Stott Oldham y Neil Whistler, de Londres; Ter Meulen y Tholen, de La Haya, y Tyron, de Nueva York; y los escultores Antokolsky, de París; Mancel, de Charlotenburgo; Meunier, de Bruselas; Ruemann, de Munich, y Tilgner, de Viena. Además se han otorgado 63 medallas de segunda clase.

– El comité instituído para la erección en Budapesth de un monumento en honor de Julio Andrassy ha convocado un concurso internacional de proyectos para el mismo. La estatua del ilustre canciller debe ser ecuestre y llevar el uniforme húngaro de gala de la coronación, y para su ejecución se dispone de 500.000 pesetas. Los bocetos al $^1/_{10}$ del tamaño natural deben ser enviados al comité antes del 1.° de octubre de 1893 y pueden ir firmados ó ser anónimos. Los premios para los mejores bocetos son de 15.000, 10.000 y 7.500 pesetas, quedando el comité en libertad de adquirir los demás bocetos al precio de 3.750 pesetas cada uno. Después del fallo se expondrán al público por espacio de cuatro semanas todos los trabajos remitidos al concurso.

– El Museo gran-ducal de Darmstadt se ha enriquecido durante el pasado año económico con notables obras para todas las secciones que lo constituyen: entre las adquisiciones merecen consignarse cinco cuadros de Achenbach, Burger, Lenbach y Rottmann; 57 acuarelas, dibujos y grabados: multitud de monedas romanas procedentes de las excavaciones de Gernsheim, y 310 dineros de plata de Otón III hallados en el Pequeño-Anheim.

– Para la nueva Pinacoteca de Munich ha adquirido el Estado los siguientes cuadros que figuraron en la última Exposición internacional celebrada en la artística capital bávara: *Salida de sol*, de Innes (de Nueva York); *Tarde de octubre*, de Kallmorgen (de Karlsruhe); *Carnaval en Grecia*, *La conversión de San Huberto*, *Plegaria*, *En febrero*, *En el campo*, *En el estanque* y *Esperando*, de Gysis, Rauber, Holzel, Kowalski, Hartmann, Muller y Zugel respectivamente, todos ellos de Munich.

– Para el Museo silesio de Bellas Artes, de Breslau, han sido adquiridos el poético cuadro *Descanso en la huída*, de Herman Prell, y dos hermosos paisajes de Schonleber, y para el Museo de Leipzig el *Christus Consolator*, de Zimmermann.

– En el sorteo celebrado este año por la Asociación para las Artes históricas han correspondido: *Hijos de Bunzlan*, de Marr, á la Asociación artística de Munich; *Muerte de Gustavo Adolfo en Lutzen*, de Rauber, á la Asociación artística de Karlsruhe; *Recepción de los refugiados franceses por el Gran Elector*, de Vogel, á la Asociación artística de Praga; *El gran elector consolando á los campesinos después de la guerra de Suecia*, de Rober, al emperador, y *Las bodas de Lutero y Catalina de Bora*, de Scheurenberg, al príncipe Enrique de Prusia.

– En la Asociación artística de Francfort en el Mein están expuestos los 47 cuadros al óleo y acuarelas que el Sr. Ehinger ha regalado á la Galería de Pinturas Municipal y que ostentan las firmas de los principales artistas de aquella ciudad, tales como Burger, Becker, Fresenius, Graf, Morgenstern, Rumpf y otros.

– Luis Braun está pintando actualmente en Nuremberga un panorama de la *batalla de Lutzen*: el lienzo tiene una superficie de 1.200 metros cuadrados.

– Enrique Ibsen, el famoso dramaturgo noruego, está terminando un nuevo drama que, según se dice, será de un género muy distinto del que hasta ahora ha cultivado.

– En Venecia se ha estrenado con gran éxito una ópera del maestro Mugnone, titulada *Birichino*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Sofía Alberti, novelista alemana más generalmente conocida con el seudónimo de Sofía Verena.

Elisa Henle, notable autora dramática alemana, dos de cuyas comedias fueron premiadas en públicos certámenes.

Armando, barón Limnander de Nienwenhove, compositor belga, individuo de la Academia, fundador del orfeón *Reunion lyrique* de Mecheln: entre sus óperas han alcanzado gran éxito *Los montenegrinos* é *Ivonne*.

Ricardo Adalberto Lipsius, eminente teólogo austriaco, profesor que fué de la facultad de teología de las Universidades de Kiel, Viena y Jena, miembro del Comité Sinodal y de la Comisión de examen teológico de Weimar, escritor de nota, autor del *Manual de la dogmática evangélica-protestante* y de otras importantes obras.

Gustavo Olbricht, pintor alemán, muy celebrado como restaurador de pinturas antiguas, cargo que desempeñaba en la Academia de Bellas Artes de Breslau.

Teodoro Paur, célebre literato alemán que estudió especialmente las obras de Dante, publicó la colección completa de las obras del poeta Federico de Sallet y escribió una biografía de éste.

Eduardo Seibert, famoso escultor alemán establecido desde su juventud en América.

Ladislao Skroupaznicky, escritor checo, autor dramático, dramaturgo del teatro Nacional Bohemio de Praga.

Sir Carlos Tomás de Straubenzer, general inglés, jefe de las tropas que en 1857 desembarcaron para poner sitio á Cantón y gobernador de Malta en 1870.

Solimán Bajá, general en jefe de las tropas turcas de Rumelia durante la última guerra turco-rusa, y más tarde del ejército del Danubio y del de los Balkanes, célebre por la defensa del disputado paso de Sckipka cuando el sitio de Plewna, víctima de una intriga palaciega á consecuencia de la cual fué destituído, condenado á muchos años de fortaleza y finalmente desterrado.

Celia Trebelli, famosa cantante que obtuvo grandes triunfos en los principales teatros de Europa y especialmente en la Opera Italiana de Londres.

NUESTROS GRABADOS

Escena del drama de Grillparzer «El sueño es una vida,» alto relieve de Rodolfo Meyr en el monumento erigido en Viena en honor de Grillparzer. – Rodolfo Meyr es actualmente uno de los más geniales representantes del arte plástico en la capital austriaca: el relieve formado por 44 composiciones que adorna el Museo de Bellas Artes de aquella ciudad; el Cortejo de Baco que se admira en el frontispicio del nuevo teatro de la misma y que es una de las más grandiosas obras en su género de los tiempos modernos; sus grandes altos relieves para el monumento levantado á Grillparzer; su hermoso proyecto de fuente monumental de la plaza de Schwarenberg, y su proyecto de monumento á Mozart, que obtuvo el segundo premio en el concurso hace pocos años celebrado, todas estas y otras obras con razón calificables de maestras, han conquistado á Meyr un puesto de honor en el mundo artístico alemán.

El grabado que publicamos reproduce uno de los seis que en el monumento de Grillparzer sintetizan las principales escenas de los más celebrados dramas y tragedias de tan ilustre poeta: representa el sueño del persa Rustán, protagonista de la obra; ante él está de hinojos el rey de Samarcanda, el cual creído de que él ha sido quien ha dado muerte á la serpiente que le perseguía, le colma de honores, satisfaciendo así la desmedida ambición que le impulsa hasta el crimen. El artista ha expresado por modo admirable la fantasía especial de este sueño, y las figuras que componen la escena tienen vida y están magistralmente modeladas.

El bebedor, cuadro de Schroder. – Las mujeres, el vino y el juego han sido en todo tiempo el flaco de los hombres de guerra, que en los cortos períodos de descanso ó de paz han buscado siempre en aquellos placeres el olvido de las fatigas y de los peligros pasados y nuevos ánimos para acometer los venideros. En estas flaquezas se han inspirado muy á menudo los pintores antiguos y modernos, produciendo obras en las cuales destaca por encima de las demás cualidades una gran dosis de buen humor que hace sumamente simpáticas las tales pinturas. Tal acontece con la figura de ese apuesto oficial tan admirablemente pintada por Schroder, artista ya conocido de nuestros lectores por el tan delicioso cuadro *A tu salud, papá*, que publicamos en el número 421 de La Ilustración Artística. En *El bebedor*, al par de la gracia de su composición, encanta la perfección con que está ejecutada y que revela al pintor ganoso de no omitir detalle que pueda contribuir al buen efecto de su obra.

Sin labor, cuadro de D. Francisco Maura. – Dos cuadros expuso D. Francisco Maura en la última Exposición nacional de Bellas Artes, que justamente llamaron la atención de los inteligentes á pesar de la diversidad de su género. *La venganza de Fulvia* debe considerarse como resultado del obligado envío de pensionado, y por lo tanto sujeto á las prescripciones del reglamento. *Sin labor* es un cuadro moderno, cuyo asunto ha sido libremente escogido por el artista, quien se inspiró en un cuadro de la vida real, hallado sin esfuerzo en la sociedad que le rodea, entre la que vive y se agita. De ahí la diferencia que se nota entre las dos producciones, ya que en la primera, siendo esencialmente dramática, no se adivina el drama, en tanto que en la segunda se siente, interesa y conmueve.

El asunto es en extremo sencillo, pues el artista ha logrado representar uno de esos dramas íntimos que todos conocemos y que impresionan profundamente. Una delicada joven, de grandes y expresivos ojos, sentada junto á una máquina de coser, hállase entregada á profundas melancolías. En la modestísima estancia que constituye su vivienda no se ven trajes ni telas, todo manifiesta la falta de trabajo y hace presentir una serie de privaciones y estrecheces. ¿Qué será de ella?

Justa fué la recompensa acordada por el Jurado al distinguido pintor palmesano y no menos justificada la admiración que despertó en todos aquellos que visitaron la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, en la que también figuró tan notable lienzo.

Una juerga en Sevilla, cuadro de D. José García Ramos. – Además de las envidiables cualidades que posee el Sr. García Ramos como dibujante y colorista, distíngese por haber sabido pintar una Andalucía original, característica y verdadera, sin que nunca resulten sus obras amaneradas ni falsas. Su buen gusto inclínale á buscar modelos simpáticos para sus composiciones y fondos verdaderamente pictóricos, sin que á pesar de este trabajo de selección resulten falsas sus obras, ya que tienen todo el encanto de la realidad.

De ahí la justa consideración de que goza este distinguido pintor sevillano y la estima en que se tienen sus producciones, muchas de las cuales figuran en notables galerías del extranjero.

San Juan Bautista, estatua de D. Antonio Parera. – Si los pintores catalanes han logrado formar escuela, justo es confesar que mayor ha sido el esfuerzo de los escultores, puesto que es la única región de la península en donde existe un verdadero núcleo que, casi sin precedentes en nuestra historia artística, ha podido singularizarse. Cataluña, y especialmente Barcelona, puede envanecerse por contar escultores de tal valía que no se celebre exposición ó concurso sin que alguno de ellos obtenga premio ó recompensa. Basta recordar los nombres de los escultores que han logrado distinguirse en el último concurso de la Biblioteca Nacional, y no sólo figuran los artistas catalanes en crecido número, sino que sus obras revelan las aptitudes que poseen para el cultivo del gran arte.

Parera, de quien recientemente hemos publicado una obra notable, ha podido ya distinguirse por sus recomendables aptitudes, reconocidas en cuantas obras ha producido, entre las que figura la bonita estatua de *San Juan Bautista*, premiada por el Jurado de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y propuesta para formar parte de la sección de escultura del Museo Municipal.

Haydé, cuadro de Victorio Corcos. – La belleza femenina tiene en el celebrado pintor italiano Victorio Corcos un adorador ferviente y en las figuras que de su pincel salen adviértese ese sello poético que tan bien cuadra á las reproducciones de la más bella mitad del género humano, fuente inagotable de inspiración de poetas y artistas de todas las edades, á pesar de cuanto sus detractores han dicho. *Haydé*, ese delicioso ejemplar de la mujer de Oriente, ese conjunto de líneas acentuadas é intachablemente correctas y de formas verdaderamente clásicas, es una nueva y hermosa página en el álbum de beldades creadas por Corcos, algunas de las cuales, como *Mensaje de amor* y *Primavera de la vida*, conocen ya nuestros lectores.

Justicia marroquí, cuadro de D. Antonio Fabrés. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las producciones pictóricas del Sr. Fabrés, tributándole los elogios que á nuestro juicio merece, quien además de poseer cualidades no comunes para el arte que cultiva, consagra á él por completo toda su inteligencia y todos sus esfuerzos.

Fabrés, que logró ya distinguirse como escultor, conforme lo atestiguan sus notables estatuas *Abel muerto* y *La Tragedia*, ha podido alcanzar la misma notoriedad respecto á la pintura. *La justicia marroquí* forma parte de la numerosa é interesante colección de cuadros de costumbres mauritanas, que tan inteligentemente interpreta Fabrés, y en las que puede el artista hacer gala de la riquísima gama de su paleta.

Una nueva Mignón, cuadro de D. José María Tamburini. – Pastora, cuadro de D. José María Marqués. – Invierno, cuadro de D. Juan Pinós. – Valenciana, cuadro de D. Eugenio Jimeno. – Cabeza de estudio, cuadro de D. Nicolás Raurich. – Pasatiempos conventuales. – El avaro, cuadros de D. Luis Graner (Salón Parés). – Si importancia revisten las exposiciones que periódicamente se celebran bajo la iniciativa oficial, preciso es convenir que no menor significación tiene la permanente exposición que la iniciativa particular nos ofrece por medio del Salón Parés, ya que en él podemos ver y estudiar de continuo á nuestros artistas por la no interrumpida exhibición de sus obras. Cierto es que ninguna otra ciudad española cuenta con un núcleo tan numeroso de artistas y que en pocas regiones dan muestra tan fehaciente de sus aptitudes y laboriosidad. De ahí el interés que para los inteligentes ofrece el Salón Parés.

Entre las obras últimamente expuestas merecen especial mención el precioso lienzo del Sr. Tamburini titulado *Una nueva Mignón*, delicadísima nota de color, que como en todas sus producciones revela esa conjunción admirable que es causa del encanto que inspiran todas sus obras: la *Pastora*, del Sr. Marqués, recuerda sus bonitos paisajes frescos, jugosos y simpáticos cual los tonos que brotan de su paleta: el *Invierno*, del Sr. Pinós, es un perfecto estudio del natural, copiado de las regiones pirenaicas y justo y exacto como todos los que produce este inteligente y laborioso artista: la *Valenciana*, del valenciano pintor Sr. Jimeno, hállase inspirada en uno de los tipos que constituyen el más preciado encanto de la ciudad del Turia: la *Cabeza de estudio*, del joven y discreto artista señor Raurich, revela las recomendables aptitudes que posee y lo que puede esperarse de su talento y entusiasmo por el arte que cultiva, y los *Pasatiempos conventuales* y *El avaro* son dos nuevos estudios concienzudos y acabados que nos ofrece el señor Graner, en quien nos complacemos en reconocer á uno de los más genuinos representantes de la verdadera escuela española.

Tales, aunque someras, son las apreciaciones que nos permitimos consignar respecto de los cuadros que reproducimos, escogidos entre los últimamente expuestos en la galería Parés.

La portera, dibujo de Augusto Lancon. – Cuanto puede el más exigente pedir á las obras con el lápiz producidas, hállase en el dibujo del ilustre artista francés: sobriedad en los efectos, vigor en los trazos, proporcionalidad en las formas, expresión y naturalidad en la figura, todo lo reune *La portera*, ejemplo elocuente de que en materias de arte, como repetidas veces hemos dicho, no hay asunto, por insignificante que sea, ni procedimiento, por sencillo que parezca, del cual no pueda sacar gran partido el artista de talento.



¡TIENE GRACIA!

POR GUSTAVO TOUDOUCE. – ILUSTRACIONES DE JEANNIOT

I

¡Bucaille,... Bucaille!, nombre que suena en mi memoria como un cascabel extraño, cascado, produciendo una música extravagante y particular.

En ese sonsonete tremolante, cuya breve y rápida nota metálica penetra á veces en mi cerebro, recordándome tan pronto el agudo titileo de la gorra de un loco como el tañido lúgubre de la campana en las horas sombrías, ó el toque de rebato en los días sangrientos, hay algo festivo, cual la ruidosa carcajada con la boca abierta hasta las orejas, pero también algo triste y siniestro.

En el sexto distrito, barios de San Sulpicio y San Germán de los Prados, y en lo que aún resta del sexto batallón de los movilizados del Sena, entre los del pompón verde, se deben acordar muy bien del tal Bucaille, de Jerónimo Bucaille.

¡Maligno grano de arena del empedrado de París, impelido por el diablo, empapado en el agua del arroyo, nutrido por todo lo que el viento de las calles sopla á través de la ciudad, maná del cielo ó ponzoña de la cloaca!

Un poco torpe, un poco lelo y con la cabeza algo mal sentada; pero chistotoso y tan despechugado, tan grotescamente vestido... ¡He aquí uno á quien era desconocida la coquetería, que se burlaba de la moda, de la costumbre y del qué dirán! Por lo demás, ¡de qué no se mofaría aquel ganapán!... ¡Valiente ciudadano contaba el batallón en su seno!...

Cuando se le vió llegar á la compañía, á la cual se agregó en octubre de 1870, al ser llamada la clase de 1869, hubo una explosión de hilaridad, una risa loca, cual no se había visto nunca.

Llevaba el kepis completamente atravesado, con la visera sobre la oreja derecha, la cazadora mal abotonada, con un ojal más alto que otro, pantalón lleno de arrugas sobre unas canillas de jilguero, remangado en la extremidad de las perneras á causa de su longitud, y zapatones semejantes á barcazas, que jamás conocieron el betún.

En cuanto al interior del individuo, cuerpo de alfeñique, flacucho, pequeño, encogido; mísera armazón de huesos, con omoplatos salientes, que producían el efecto de afilados bordes de platillo bajo el paño del uniforme; cuello de embudo con la nuez muy saliente, sobrepuesta de un verdadero hocico de mono; ojos demasiado próximos entre sí, nariz puntiaguda, pómulos salpicados de manchas rojizas, y las mejillas, el labio superior y la barba cubiertos de una especie de pelusa de color rubio castaño, que parecía una barba postiza mal ajustada, una barba de carnaval.

El recién venido no *marcaba* bien seguramente, según el término de cuartel.

– ¡Eh, mandria, á la orden!, gritó el sargento.

– ¡Presente, compañero!, contestó el recluta sin desconcertarse y con voz agria como la manzana verde.

Al punto comprendieron todos con quién se las habían.

– ¡Es un *guasón*, un bromista!, dijo uno de los camaradas.

Los demás hicieron coro, y el sargento el primero, sin enojarse por la contestación.

El breve interrogatorio del capitán, á la llamada del mediodía, no intimidó más al recluta.

– ¿Cómo te llamas?

– Jerónimo Bucaille.

– ¿Qué profesión?

– *¡Obrrrero ebanisssta*, mi capitán, y famoso, sin que esto sea elogiarme! ¡Conocido en el gremio!, añadió, recalcando mucho las sílabas y con el habla brozosa.

El oficial se mordió el bigote para no reirse.

– ¡Bien, bien! Te creo.

– ¡Oh! Yo no gasto guantes, mi capitán, no lo piense usted así... No tengo costumbre de usarlos. Con mi piel me basta, y no necesito la de los conejos. ¡Eso se queda para los *aristocráticos!*... Son apariencias.

– ¡Ya lo veo, muchacho!, replicó el oficial, dirigiendo una elocuente mirada á los zapatos sucios y á las uñas de luto del recluta.

– Será preciso arreglarte un poco mejor, dijo el capitán acercándose; mira á tus compañeros.

Y le puso bien el kepis, indicándole que la cazadora estaba mal abotonada.

– ¡Ya me la abrocharé bien; no tema usted, mi capitán; le aseguro que honraré el cuerpo!

Tal fué su entrada entre nosotros, y justo es añadir que ni las semanas ni los meses bastaron para desengrasarle ni para hacerle comprender tampoco que los botones se han de introducir en el ojal que les corresponde y que la visera del kepis no debe caer sobre la oreja. Cada vez que se trataba de inculcarle los principios de la buena policía militar, replicaba filosóficamente:

– ¡No es posible remediarlo; era preciso haberme tomado más joven!

Y como en rigor el recluta no hacía su servicio peor que otro, acostumbráronse á dejarle en paz.

Fué de aquellos, muy numerosos, ó mejor dicho, la mayoría, que cumplieron su deber sin hacerse notar, pasivamente, en una especie de vida animal, como la del gran rebaño, que se conduce á derecha ó izquierda, que se hace adelantar ó retroceder y que va dócilmente donde se quiera.

Bucaille refunfuñaba y murmuraba de las minuciosidades del servicio, contestando siempre á sus jefes con grosería, en su *caló* parisiense, más indisciplinado en las palabras que en los actos, sin obedecer nunca desde luego, pero acabando al fin por hacer más de lo que se le mandaba y mejor.

Esto era la esencia misma de su naturaleza, esto y la petulancia, esa afección que á todos nos aqueja más ó menos y que se contamina con el aire de París.

Por eso tenía, en considerable dosis, esa extraordinaria manera de ser del verdadero parisiense, que considera primero las cosas con burlona socarronería, aunque se trate de los acontecimientos más dramáticos.

Para él, todo se resumía en esta exclamación típica:

– ¡Tiene gracia!...

Con cualquier motivo, la frase salía á relucir, bien se tratara de un accidente que costase la vida á un hombre, ó ya de una simple farsa.

El día de la batalla de Champigny, hallándonos en la meseta de Avrón, observábamos desde las alturas los movimientos de los dos ejércitos, que se batían desde la montaña. El momento era crítico; veíase avanzar poco á poco la línea de artillería, subiendo por la pendiente, y tratábase de saber si se levantaría al fin el bloqueo de París y si el general Ducrot conseguiría reunirse con el ejército de Orleáns, en el cual se cifraban todas las esperanzas de salvación.

Desde la meseta, las piezas de marina, las de á siete y todos nuestros cañones, grandes y pequeños, bombardeaban á los prusianos.

De improviso viéronse unos vehículos que desfilaban lentamente por los picos inmediatos en dirección á Chelles, formando como una cortina continua: eran coches de la ambulancia.

Poco tiempo necesitó el Estado mayor, cuyos anteojos observaban la acción, para comprender el ardid alemán; detrás de aquella cortina flotante, de aquellas banderas blancas que ondulaban á merced del viento, ostentando la cruz roja de Ginebra, avanzaban masas de infantería en columna cerrada hacia el lugar del combate en auxilio de las tropas batidas por nuestros soldados.

Acto continuo, el almirante Saisset, que con todo su equipo de caballería, el paraguas debajo del brazo, la gorra alta y galoneada de oro y el capote ancho flotando como las alas de un ave, estudiaba el movimiento con ayuda de unos gemelos enormes, mandó dirigir el fuego sobre aquel punto.

Veíanse salir los tiros, y cuando la bala de un obús caía en plenas masas prusianas, el almirante gritaba lleno de júbilo:

– ¡Un cuartillo de vino al que ha hecho ese disparo!

Nosotros participábamos de ese entusiasmo, gritando:

– ¡Bravo por la flota!

Y todos redoblaron su celo.

En cuanto á Bucaille, contaminado por aquella alegría, pensando sin duda en el destrozo de hombres producido por la explosión del obús en el montón y tal vez con vagos recuerdos de la fiesta de Saint-Cloud, donde había jugado á los bolos y tirado al blanco á los monigotes, no se le ocurría más que una frase, su frase favorita:

– ¡Tiene gracia!...

Más tarde, cuando nos tocó á nosotros ser bombardeados, destrozados; cuando el plomo y el hierro silbaron en nuestros campamentos, arrasando la meseta, desmenuzando los brazos y las piernas y demoliéndolo todo, Bucaille pronunció la favorita frase, sin variarla en nada.

En Buzenval sucedió lo mismo, y nada hubiera podido hacerle cambiar. Más tarde le comprendí bien.

¡Ah! ¡La sangre parisiense fermentaba en sus venas, con sus glóbulos hervorosos, que comunican incesantemente al individuo su carácter bromista, así como las burbujas del vino de Champaña le producen la risa y la locura!

II

El 18 de marzo de 1871, á eso de las seis de la tarde, volvía yo á mi casa muy conmovido por los acontecimientos del día, cuando en la plaza de San Germán de los Prados tropiezo con un hombrecillo, muy embozado en el largo capote de los guardias móviles, con la visera del kepis sobre la oreja, el peto manchado de barro, el pantalón mugriento y en bandolera la carabina, cuyo cañón golpeaba la espalda, chocando ruidosamente la culata contra el sable bayoneta.

– ¡Bucaille!

– ¡Toma! ¿Usted por aquí?

– ¿De dónde vienes con ese equipo?

– ¡De contribuir á una buena obra, la que corresponde al ciudadano!...

Retrocedí un paso, recordando las matanzas de la mañana.

– ¡Desgraciado!... ¡Tú!... ¡Los generales!...

Bucaille protestó, encogiéndose de hombros.

– ¡No como yo de ese pan, repuso; no, á fe de Bucaille! Esa es mala faena, trabajo de gandul, ganas de buscarse compromisos. ¡Oh, no, no!...

– ¿Pues entonces en qué trabajo te has ocupado?

– ¡Diantre! En levantar barricadas.

– ¡Cómo! ¿No has entregado las armas con el batallón?, preguntó, señalando la carabina.

– ¿Mi chassepot?... ¡Jamás!... ¡A fe mía que tendría demasiada gracia!... ¡No soy yo de los que capitulan; yo no me rindo!...

– No es necesario, puesto que ya no se baten.

– Eso no lo sabemos, pues á veces... En fin, buenas tardes; á sus órdenes...

Y se alejó silbando, siempre socarrón y hecho una lástima, con sus puntiagudos omoplatos como los de un gato de gotera, sus formas raquíticas y su grotesca silueta.

Yo no me había atrevido á interrogarle más, porque me causó el mayor asombro verle embarcado en semejante aventura.

Pero bien sabe Dios que el buen Bucaille no se ocupaba de política. Durante la guerra, cuando se promovía alguna discusión sobre este asunto en la tienda de campaña ó en otra parte, él era el primero en reirse, chanceándose con los unos y burlándose de los otros; y confesaba que nada comprendía de política. Si el 4 de septiembre se mezcló con la multitud, fué más bien por curiosidad que por diversión, porque le gustaba la charla, los paseos por grupos y porque en los bulevares le habían excitado al fin los gritos de entusiasmo de la *Marsellesa*.

Pero lo que en él fermentaba, sin que se diese cuenta de ello, era la antigua levadura revolucionaria y de insubordinación, levadura que enardecía insensiblemente su sangre de hombre del pueblo, que huele á pedernal, como ciertos vinos del Rhin; esa fermentación secreta que bulle en las venas del obrero y le produce una especie de ciega embriaguez.

Los consejos de los camaradas, algunas pomposas frases del club, el ejemplo de los otros, la falsa vergüenza de no ser él algo también, habíanle impelido hacia la *Commune*, seduciéndole en particular, como suprema extravagancia, esa murmuración general de todos y de todo.

Transcurrieron las semanas; á veces cuando le encontraba, cambiábamos el saludo y algunas frases; cierto día acercóse á mí y díjome á media voz:

– ¿Decididamente no se afilia usted?

– No.

– Algunos que son más que usted lo hacen. ¡Vaya!...

– ¿Quién?

– ¡Diputados; verdaderos amigos del pueblo!

– ¡Bah!

– ¡El ciudadano Milliere, por ejemplo!... ¡Es célebre!... ¿Eh? ¿No le dice á usted algo esto?

Hice una señal negativa, y despidióse diciendo:

– No lo entiende usted. La verdad es que uno se divierte allí.

Dos días después habíase librado un combate por la parte de Issy, Mendón, en bosques y campos, pues los confederados intentaban apoderarse de Versailles; mas fueron completamente batidos. Por la calle de Rennes volvían los fugitivos en pelotones ó aisladamente.

Desde lejos reconozco á mi Bucaille, que me grita:

– ¡Zambomba! ¡Qué granizada!... ¡Vaya si tenía gracia!...

– ¿No estás herido, eh?

– ¡Fortuna ha sido, á fe mía! ¡Pegaban fuerte, muy fuerte! ¡Esos pícaros de Versailles tiran mejor que nosotros, como hay Dios! ¡Cuántos compañeros caían á mi alrededor! ¡Vaya una marimorena! ¡Pim... pam... pum!... Ni siquiera nos han dado tiempo para recobrarnos; todos muertos ó heridos. He franqueado dos kilómetros corriendo á escape al través de los campos y heme aquí. Pero al menos he disparado muchos tiros, mientras que en la guerra no solté uno solo en seis meses. ¡Para esto no valía la pena llevar el chopo!...

¡Cuántos razonaban así! ¡Ah, si se pudieran detallar las mil mezquinas causas que lanzaron á los hombres en la gran mascarada trágica de la *Commune!* Los unos por los galones, los otros por los seis reales, estos por quemar cartuchos, aquellos para derribar al gobierno, otros... sería cuento de no acabar nunca.

– Supongo que por esta vez habrás tenido bastante, dije á Bucaille, y que ahora te retirarás. ¿No es así?

– ¡Yo!... ¿Y Milliere, qué diría Milliere?...

– ¡Milliere!... ¡Pues si ni siquiera te conoce!

– Tal vez; pero es todo un mozo, y de los valientes; y por él... en fin, basta, ya me entiendo yo.

Inútil era discutir ó insistir; estreché tristemente la mano á Bucaille, moviendo la cabeza, y alejéme con la idea de que aquello acabaría mal para él.

Cuanto más avanzaban los acontecimientos, menos dudoso se hacía el desenlace. La existencia de la *Commune* no era ya más que cuestión de días, tal vez de horas, y no pensé sin cierta melancolía en lo que podría sucederle al pobre Bucaille, pues la represión sería terrible; todos lo comprendían así.

III

Arrancada la bandera roja de la iglesia de San Germán de los Prados, tomadas todas las barricadas por la infantería de línea y la de marina y ocupado el barrio por el ejército de Versailles, al fin pude salir por primera vez desde hacía cuatro días.

El viernes, 26 de mayo, á eso de las once, dirigíme á la ventura por el barrio Latino, tomando las calles de Bonaparte, de San Sulpicio y del Odeón.

En las puertas de las tiendas aparecían los dueños, de cuyos labios salían observaciones como estas:

«¡Ah, ah, ya se ve la buena gente!»

«Hace una semana que permanecía oculta.»

«¡Diablo, no era prudente correr entonces por las calles!»

Por doquiera se veían señales de la lucha; paredes acribilladas á balazos ó agrietadas por los proyectiles de los obuses; restos de toda especie, toneles y muebles; en medio de la calle un montón de armas bajo la custodia de los centinelas, y acá y allá, al pie de una barricada, algunos cadáveres rígidos, con los pies descalzos y los morrales vacíos, pues los siniestros merodeadores seguían á los soldados como verdaderos cuervos de campo de batalla.

Junto á la pared de San Sulpicio, por el lado de la calle, veíase un charco de sangre espesa, coagulada, en la que se bañaban boca abajo tres guardias nacionales fusilados por la espalda: el espectáculo era siniestro á la vez que repugnante y fascinador.

Interiormente pensaba en Bucaille, y parecíame reconocerle en cada uno de aquellos cuerpos rígidos; estremeciéndome de horror, no osaba aproximarme para mirarlos de cerca, y permanecía inmóvil, con la mirada vaga y el corazón latiéndome apresuradamente. Ninguno de los muertos vestía el uniforme de la guardia móvil. y además eran más corpulentos y muy barbudos.

A la atmósfera pura y serena de los días precedentes habíanse sucedido señales de tempestad; las nubes tenían color de plomo y parecían muy espesas.

Cuando comenzaba á llover, refugiéme en las galerías del teatro del Odeón, mi paseo favorito en las épocas de calma; pero aquel día no estaba abierta ni una sola de las librerías que constituyen allí el atractivo principal. Todo se mantenía cerrado, lúgubre, silencioso.

En el momento de franquear los escalones contiguos á la fachada, un individuo pasó por delante de mí, perdióse en la sombra de los arcos, y después no volví á verle: sin duda había dado la vuelta al monumento.

Ya iba á llegar á la galería situada frente al jardín del Luxemburgo y á la calle de Médicis, cuando una mano me cogió por el brazo. Volvíme inquieto y hasta con cierto temor, pues no había oído á nadie.

– ¡Buc...!, iba á gritar.

¿Sería él? De un ángulo tenebroso salía un brazo, y distinguí mal en la sombra un rostro en parte visible.

Los ojos se plegaban en una sonrisa familiar; los labios balbucearon:

– ¡Chist!... ¡Más bajo! ¡Vaya un toque, eh?... ¡Tiene gracia... eh?

No podía dudar, era el tunante; y á fe mía que hubiera podido pasar junto á él sin reconocerle.

Era mi Bucaille afeitado, que llevaba una levita amarillenta, pantalón de capricho, calzado casi decente y sombrero de hechura de melón. Con aquel equipo parecía más pequeño, más delgado, cual si se hubiese puesto una ropa que no le pertenecía ó el traje de algún hombre corpulento. ¡Pardiez! El pobre mozo no parecía estar muy satisfecho, y á pesar de su expresión habitual, una palidez lívida apagaba la ironía de su semblante, envejecido de repente.

– ¡Se ha salido hasta aquí del paso!, murmuró. ¡Ni visto ni conocido!...

Su sonrisa me hacía daño, porque revelaba el miedo; el espanto producido por terribles visiones parecía indicarse aún en sus ojos y también el terror que causaban los fusilamientos sin formación de causa, las matanzas implacables.

¡Por qué transiciones tan horribles debía haber pasado durante aquella batalla en las calles! ¿Qué había llegado á ser? ¿Cómo le encontraba allí, en el Odeón, con aquel traje prestado sabe Dios por quién? ¿Qué había hecho del famoso chassepot, del que estaba tan engreído y del cual no quería separarse? ¿Dónde iba en el momento de encontrarle yo?

Bucaille leía tal vez estas preguntas en mis ojos, pues díjome al punto:

– Más tarde se lo contaré todo.

Tal vez había buscado, como yo, en aquel sitio un refugio para guarecerse de la lluvia.

De improviso retrocedió, inclinó todo su cuerpo y disimulóse detrás de mí, castañeteando los dientes de una manera extraña.

– ¡Oh, oh, murmuró, todavía más!

¡Qué terror había en aquel movimiento! ¡Qué muda confesión de espantosas obsesiones!

Un destacamento de infantería de línea salía del Senado, conduciendo un prisionero; los soldados en dos filas ocupaban cada lado de la calle, como cuando la tropa sigue un cortejo fúnebre; y en el centro, en el espacio que se deja libre para el coche y el ataúd, veíase un hombre vestido de negro, con levita larga abotonada, sin sombrero y rodeado de un grupo de oficiales é individuos de tropa.

Espantosamente pálido, muy delgado y erguida la cabeza á pesar de la lluvia que le azotaba el rostro, avanzaba con paso firme, automático. Varios grupos de curiosos agolpábanse acá y allá sin cuidarse del mal tiempo, procurando ver y preguntándose qué ocurría.

Cuando el hombre llegó á la altura del Odeón, distinguiéronse mejor sus facciones; tenía verdadera cara de iluminado, de apóstol; largo cabello negro que llegaba hasta los hombros, bigote corto y la barba afeitada.

Parecíame haber visto ya aquella fisonomía en alguna parte, y uno dijo delante de nosotros:

– Es Milliere.

– ¿Milliere?

En efecto, entonces le reconocí por haber visto algunas veces su retrato en los escaparates de los expendedores de periódicos.

– ¡Hum!, murmuró Bucaille. ¿Quiere usted decir?...

– ¡Cómo!, repuse, ¿no conoces á Milliere, al diputado de París, tu Milliere, aquel en fin de quien siempre me hablabas?

– Jamás le he visto; esta es la primera vez.

– ¡La primera!... y... y... por él te... ¡Ah! ¡Esto sí que tiene gracia!...

Lleno de admiración miré á Bucaille como si contemplase un fenómeno: había dicho la verdad.

– Ahora van á fusilarle en el Panteón, dijo uno de los curiosos.

Algunas personas proferían injurias contra Milliere.

– ¡Es un vagabundo! ¡Bien empleado le está!

– Dicen que hizo fusilar á treinta guardias nacionales en la escalera del Panteón; pero ahora le toca á él.

– ¡Es un canalla!

Y los puños amenazaban al hombre vestido de negro, contra el cual se dirigían las imprecaciones y los insultos, todo ese cieno que la cobardía de las turbas arroja á la cabeza del vencido, del prisionero, ya sea culpable ó inocente. Aquello sublevaba el corazón.

Varios soldados, destacándose de la compañía, fueron á ocupar la calle de Médicis para cerrar el paso, impidiendo á la muchedumbre seguir al fúnebre cortejo.

El eco de los murmullos y el desacompasado movimiento de las gentes realzaban el tinte de tristeza que presentaba aquella lúgubre escena.

– Vente conmigo, dije á Bucaille, cogiéndole de un brazo.

Por las calles de Vaugirard, Monsieur-le-Prince y Cujas pudimos deslizarnos, sin que nos detuvieran, hasta la plaza del Panteón, y llegados al monumento nos apoyamos en la verja que le cierra, frente á la calle de Soufflot.

A los pocos instantes vimos avanzar los soldados con el reo.

Llovía bastante; pero había allí, pegados á la verja y esperando el sangriento espectáculo, un centenar de curiosos, los unos recibiendo estoicamente el agua que caía de un cielo gris, y los otros protegidos por sus paraguas. Por lo demás, allí reinaba silencio terrible, soledad absoluta; era como un rincón de la ciudad desolado y sombrío.

La puerta central de la verja se abrió para dar paso al pelotón ejecutor, á los oficiales y á la víctima; dos de ellos, colocándose junto á Milliere, obligáronle á franquear la escalinata, mientras que doce individuos tomaban posición entre la verja y la gradería, formando dos filas.

Allí se representó un drama tan breve como angustioso, una pantomima sangrienta de la que ningún espectador perdió ni un solo ademán ni la menor contracción de las facciones de la víctima.

Los dos oficiales quisieron obligar á Milliere á colocarse de cara á la iglesia para que se le fusilase por la espalda; mas pareció protestar con energía contra aquella agravación exorbitante, y haciendo un movimiento decidido plantóse frente á los fusiles.

En aquella actitud imponente y digna fué objeto de contemplación por breves instantes de cuantos presenciaban aquel triste prólogo del sangriento drama que muy pronto había de conmover vivamente todos los ánimos.

Nadie se atrevió á insistir.

Milliere registra entonces sus bolsillos, entrega á los oficiales todos los objetos que contienen, se desabrocha el chaleco, desvíale con ambas manos y presenta con arrogancia su pecho, ostentando la blanca pechera de su camisa, que semejante á una extensa mancha clara en el traje negro, ofrece un blanco viviente.

A una orden de los oficiales, dos hombres suben hasta donde está el condenado, le cogen por los hombros, se apoyan con fuerza y oblíganle á arrodillarse; el condenado, sin oponer resistencia, levanta la cabeza.

Una sonrisa crispada mueve los músculos de su rostro, y dos ó tres veces la lengua pasa rápidamente sobre los labios como si le faltase la saliva. Milliere abarca de una mirada la plaza, los soldados y los curiosos, y después grita con voz fuerte:

– ¡Viva la República! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la humanid...!

En el mismo instante resuena el estrépito de la descarga; la blanca pechera se tiñe de rojo y Milliere cae del lado izquierdo. Un sargento franquea la gradería, apoya la boca del cañón de su carabina en la cabeza de la víctima y suelta el tiro á boca de jarro, destrozándole el cráneo.

Eran las doce menos cuarto de la mañana en San Esteban del Monte y en la alcaldía del quinto distrito.

Terminada la ejecución, los soldados se retiran, dejando tras sí la verja abierta y el cuerpo inanimado en lo alto del último escalón.

Los espectadores se precipitan para ir á ver más de cerca el cadáver; un cazador de infantería llega el primero, se inclina y arranca las botas al desgraciado.

Estábamos á la mitad de la escalinata cuando vimos bajar el cadáver, que pasó muy cerca de Bucaille y de mí, tocándonos casi. Todo el lado izquierdo de la cara estaba ennegrecido por la pólvora del tiro de gracia; un rictus espantoso dejaba descubiertos los blancos dientes.

Con la garganta oprimida contemplé aquel hombre tan vivo un momento antes, aquellas facciones desfiguradas en que hacía un minuto reflejábase un entusiasmo tan exaltado.

– ¡Cuando pienso que ese podía ser yo!, murmuró Bucaille á mi oído con expresión de espanto. ¡Y sin embargo, tiene gracia!...

¡Condenado parisiense!

Un momento después, el cuerpo del diputado de París reposaba en un carro de mudanzas, situado en la calle de Soufflot, junto á los edificios de la Escuela de Derecho: le habían arrojado junto al cadáver de un artillero de la *Commune*, fusilado por la mañana.

He aquí en qué circunstancias el amigo Jerónimo Bucaille trabó conocimiento con Milliere, su Milliere, aquel por quien se había agregado á la *Commune*, sin saber apenas por qué.

Si no le inquietaron después y consiguió librarse de todas las pesquisas y denuncias, debiólo en parte á mi concurso; y me ha conservado un vivo agradecimiento, como ya se comprenderá.

Hace poco tiempo volví á ver á Bucaille: se ha casado y tiene familia; pero ya no es *obrrrero*, sino maestro ebanista, y se ha calmado completamente.

Como le recordase el siniestro episodio del Panteón, exclamó:

– ¡Tenían gracia aquellos tiempos!...

¡Gracia!... ¡Bucaille persiste en su estribillo... y esto da qué pensar! ¡En esa frase, en esas palabras, se revela en cierto modo el carácter del parisiense!

Traducción de E. L. de Verneuil



SECCION CIENTIFICA

LOS COSACOS Y SU MANERA DE COMBATIR

Cuando se observa atentamente la vida de la población cosaca en una estanitsa, fácil es descubrir desde luego y distinguir de sus compatriotas á los futuros djighitas.

En primer lugar se les ve ir á caballo al abrevadero, siempre sin silla, sin brida y sin manta, y constantemente al trote y aun al galope de carga. Los ojos brillan y el observador puede advertir claramente que cuando montan en sus corceles se sienten en el colmo de su felicidad.



Fig. 1. Cosaco á caballo disparando hacia atrás

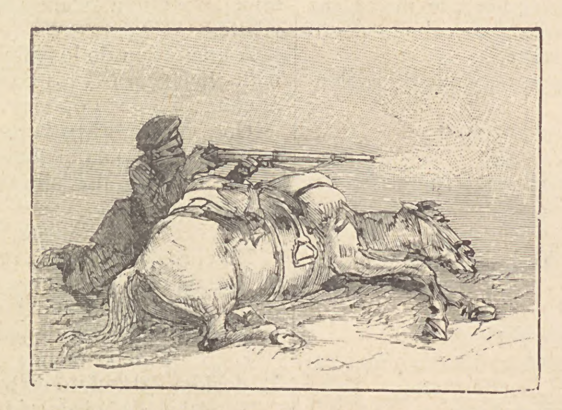


Fig. 2. Cosaco disparando protegido por un caballo

Si encontramos algún *tabún* (recua de caballos) que regresa á la estanitsa, veremos de seguro algunos jóvenes jinetes que tratan de cogerse unos á otros. Casi todos llevan atada á sus caballos una especie de lazada formada con una cuerda cualquiera y de la cual se cuelgan para coger algún objeto del suelo.

Pregúntese á uno de estos jóvenes cuál es el mejor caballo del *tabún* ó el más corredor, y sin vacilar lo designará, como designará también los caballos viciosos y aquellos en los cuales es imposible coger algo del suelo porque no son bastante fuertes y caerían.

Algún tiempo después encontraremos á esos mismos jóvenes que por pertenecer á la clase preparatoria, es decir, á la clase que se instruye para entrar en el servicio militar, que asisten á las primeras reuniones en el *voisko*, á caballo en potros de su propiedad, á los que conocen admirablemente, y montados los cuales no vacilan en agacharse hasta el suelo ó en galopar con la cabeza apoyada en la silla y los pies en alto y algunas veces de pie, saltando obstáculos y ejecutando los diversos ejercicios que constituyen la Djighitovka.

Del campo de instrucción regresan á sus casas con el título de djighita y algunas veces con un premio obtenido por la agilidad especial de que han dado pruebas.

En cuanto á los jóvenes menos atrevidos y menos enérgicos, el amor propio les obliga á no ir á la zaga de los demás. Y de esta suerte, durante toda su infancia y su juventud, todos los cosacos practican la Djighitovka, á la que se dedican con suficiente entusiasmo ó amor propio para sacar de ella excelentes frutos.

Cuando el cosaco ha hecho la Djighitovka en la estanitsa hasta los veintiún años, no ofrece ya peligro ni dificultad que continúe haciéndola durante los cuatro años de servicio activo que pasa en el regimiento.

Entre los ejercicios más útiles y más comúnmente obligatorios de la Djighitovka pueden citarse los saltos de obstáculos al galope manejando el jinete el sable ó el fusil y el tiro de éste en todas las posiciones, bien sea á caballo y en todas las clases de marcha, incluso en retirada, para la cual el jinete monta de espaldas á la cabeza del animal (fig. 1), bien sea desmontado y sirviéndose del caballo echado en el suelo como de parapeto (fig. 2).

En este último ejercicio los tiradores cosacos llegan al galope de carga, detiénense bruscamente y echan pie á tierra, mientras los caballos amaestrados se tienden en el suelo para formar con sus cuerpos muralla que proteja á sus jinetes.

Respecto de los ejercicios de la Djighitovka llamada *á voluntad*, pueden dar idea de ellos los siguientes: saltar á tierra y volver á montar yendo el caballo al galope, bajarse para coger un objeto cualquiera corriendo el caballo al mismo paso (fig. 7), saltar de un caballo sobre otro yendo ambos al galope, galopar de pie sobre la silla ayudándose con los estribos (fig. 3) que han sido previamente cruzados sobre la montura de modo que el de un lado venga á parar al lado opuesto y casi al mismo nivel que aquélla, así es que el jinete en realidad no está de pie sobre la silla, sino sobre los estribos.

Otro ejercicio consiste en galopar cabeza abajo (figura 4); pero en este también hay que notar que el jinete no se apoya absolutamente en la cabeza, sino sobre la silla por un hombro, y se aguanta fuertemente á los estribos, uno en cada mano. Otro ejercicio que puede en algunos casos tener una aplicación directa es el que representa la figura 5, en la cual se ve que dos cosacos á caballo sostienen entre ambos á otro cosaco que puede haber sido herido ó desmontado y que, en una retirada, no se quiere dejar abandonado al enemigo.

Finalmente, los cosacos ejecutan á caballo grupos más ó menos complicados, de los cuales puede dar idea la figura 6.

Al par que se consagra á los ejercicios más realmente útiles la mayor parte del tiempo que se emplea en la Djighitovka, no se descuidan los demás, pues el objetivo final de todos ellos ha de ser en definitiva desarrollar en el más alto grado posible en los cosacos el arte de manejar su caballo y sus armas y de sacar de uno y otras el mejor partido contra el enemigo.

Saber ejecutar á caballo un tiro seguro sosegado, y sostenido en todas direcciones y sobre todos los objetos que se distinguen; saber blandir el sable ó arremeter con la lanza con prontitud, vigor y precisión sobre maniquíes, etc., y finalmente saber hacer que su caballo se eche al suelo y romper, abrigado tras el cuerpo del animal, el fuego contra el enemigo, y luego, saltando de improviso sobre la silla, lanzarse contra él de repente sable en mano, tales son en suma los resultados que los cosacos se esfuerzan por conseguir con la práctica de la Djighitovka.

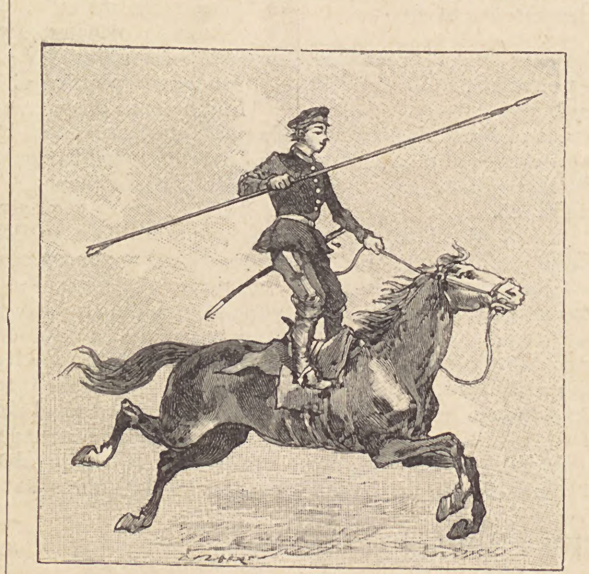


Fig. 3. Jinete cosaco de pie sobre la silla



Fig. 4. Jinete cosaco de cabeza sobre la silla

En los ejercicios de la Djighitovka regular es fácil evitar los accidentes; en cambio los de la Djighitovka llamada *á voluntad* ofrecen muchos riesgos y peligros, por lo cual su ejecución exige de parte del jinete tanta energía y audacia como agilidad. Es, pues, evidente que no cabe exigir estos últimos de todos los cosacos indistintamente, en primer lugar porque los hombres difieren mucho unos de otros por sus aptitudes, gracias á lo cual lo que para unos es posible resulta imposible para otros, y en segundo lugar porque los caballos que los cosacos llevan al servicio son de muy diversa naturaleza y la ejecución de los ejercicios más difíciles de la Djighitovka depende tanto ó más de las cualidades del caballo que de las del jinete.

A todos los cosacos no se les exige, pues, la ejecución de todos estos ejercicios, sino que se estimula á los jinetes más atrevidos y más vigorosos: el medio mejor de promover entre ellos la emulación necesaria es hacerles rivalizar en energía y agilidad, manteniendo de este modo la práctica de la Djighitovka, muy útil para desarrollar su valor como jinetes y como soldados.

Algunos accidentes aislados no constituyen en rigor motivo suficiente para renunciar á estos ejercicios, pues dice un proverbio ruso que «el que trabaja la madera hace saltar astillas.» Además, allí se recuerda la respuesta del famoso general de caballería Zeydlitz al rey que le preguntaba por qué en su regimiento se descalabraban los jinetes tan á menudo: «Vuestra Majestad no tiene más que mandar y esos accidentes no se reproducirán; pero no será mía la responsabilidad si luego el regimiento no cumple bien su deber delante del enemigo.»



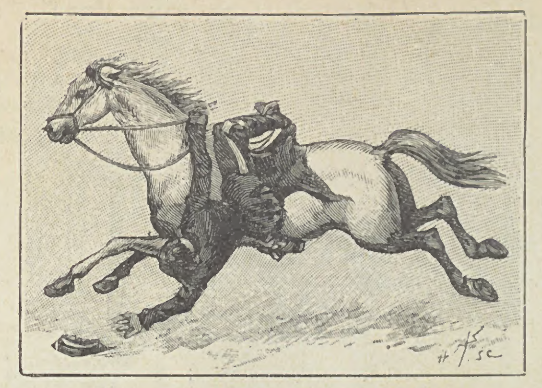
Fig. 5. Jinetes cosacos llevando un herido entre dos caballos



Fig. 6. Jinete cosaco llevando un tirador á cuestas

Este mismo general Zeydlitz contestó á la esposa del ministro Von Schlabendorf, la cual le manifestaba su temor de que le sucediera alguna desgracia á su hijo en los peligrosos ejercicios que dicho jefe superior prescribía á sus oficiales: «Señora, puede V. E. perder todo cuidado: los cornetas son como los gatos; aunque se les tire desde lo alto de una torre, siempre caen de pie.»

Antes de terminar estas noticias sobre la Djighitovka, creemos interesante mencionar una nueva variedad de este ejercicio, á que hace algún tiempo se entregan algunos regimientos de los cosacos del Cáucaso y que se denomina la *Djerita*. Este ejercicio consiste esencialmente en lanzar la azagaya desde el caballo: el jinete, que va al galope, sigue paralelamente á 15 ó 20 pasos de distancia una pista en la que hay dispuestas bolas ó aros de 71 centímetros de diámetro cubiertos de papel, y arroja uno ó dos dardos que deben romper el papel del aro ó clavarse en la bola, conseguido lo cual ha de volver grupas y alejarse á todo correr del blanco que acaba de tocar.


Fig. 7. Jinete cosaco recogiendo al galope un objeto del suelo

Este ejercicio no es nuevo, pues en algunos pueblos de Oriente se le conoce desde los tiempos más remotos y empieza á caer entre ellos en desuso.

El arte de la Djerita ha progresado de tal modo entre los cosacos del Cáucaso que el año pasado muchos de éstos tomaron parte en las carreras de este género organizadas en Tiflis, obteniendo 16 premios, mientras que los tártaros del país que luchaban con ellos sólo ganaron dos.

La Djerita, aunque no ofrece peligro alguno para el jinete, exige de éste mucha agilidad, fuerza y destreza para guiar su caballo.

(De *La Nature*)

LOS BEBEDORES DE ETER

Los alemanes beben cerveza á todo pasto, en lo cual les van imitando los franceses; éstos beben además vino, así como los españoles; los ingleses, ginebra y whisky, y los irlandeses se han dado con pasión á beber éter, sin duda por parecerles suaves para sus gargantas y estómagos blindados los demás licores.

Un médico inglés acaba de hacer un interesante estudio acerca de esta manía propia de la isla hermana y publicado un curioso trabajo relativo á ella, del cual tomamos los siguientes datos.

Los comienzos del eterismo parecen datar del año 1840, siendo lo particular que este vicio está más difundido entre los habitantes que profesan la religión católica que entre los de la comunión anglicana ó de otras sectas. Conócese la religión á que pertenece un campesino irlandés por el olor de su aliento; si huele á alcohol, puede asegurarse que es protestante; si á éter, que es católico. Los que no tienen opinión religiosa bien determinada beben éter y whisky mezclados.

Hay en el Norte de Irlanda tabernas de éter como en otras partes hay cafés y cervecerías: en aquéllas, por diez céntimos se despacha una dosis de éter, que viene á ser de 10 á 15 gramos. Hay aldea en que dos de dichas tabernas han despachado en un año la exorbitante cantidad de 1.200 galones del expresado líquido.

Todo el mundo lo bebe, hombres, mujeres y niños. Los días de mercado el aire está saturado de vapores etéreos en todos los caminos, y en todo el país los vagones de los ferrocarriles están impregnados de éter.

Se le bebe puro, en copitas que contienen de 10 á 15 gramos; los que no han contraído aún la costumbre de absorber este brebaje, que es sumamente acre, beben antes y después un trago de agua para atenuar la sensación abrasadora que produce en la garganta, esófago y estómago. Pero los bebedores antiguos pueden prescindir de esta precaución y llegan á beber hasta 150 gramos de una vez y hasta medio litro en tres ó cuatro.



LA PORTERA, dibujo de Augusto Lançon

Este líquido, tomado á corta dosis, produce una embriaguez bastante grata, una sensación de bienestar y contento. A dosis mayor, ocasiona violenta excitación, mucha salivación y eructos; la cara se congestiona y adquiere luego una palidez lívida; el bebedor siente un dolor agudo, urente, en la boca del estómago, y en seguida, á la excitación maníaca se sigue un estado de estupor que se disipa pronto.

Lo que distingue la embriaguez etérea de la alcohólica es la prontitud con que sobreviene y desaparece, lo cual permite al bebedor repetir varias veces al día la sensación que busca. Un bebedor de éter puede embriagarse doce veces diarias.

Con el tiempo, el eterismo ocasiona un estado bastante análogo al que produce el alcoholismo, siendo origen de gastritis crónicas, temblor continuo, perturbaciones cardíacas y postración nerviosa. Lo mismo que los alcohólicos, los etéricos manifiestan propensión á las disputas, á las violencias y á los crímenes.

Triste es pensar en los estragos que estos vicios funestos causan en los infelices que no tienen bastante fuerza de voluntad para dejarlos: confiemos, sin embargo, en que el eterismo quedará relegado á las comarcas del Norte de Irlanda.

* * *

FERROCARRIL ELECTRICO

M. Próspero van den Kerchove, constructor de máquinas establecido en Gante, que goza de notoriedad universal, ha presentado un proyecto de ferrocarril eléctrico entre Bruselas y Amberes. La velocidad de los trenes será de 110 kilómetros por hora y podría duplicarse fácilmente, de suerte que en diez minutos sería fácil ir de una ciudad á la otra. El autor de este proyecto cree que á su realización seguirá la construcción de una vía análoga entre París y Bruselas, cuya distancia se podría entonces recorrer en hora y media.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN